

Mareas feministas en las universidades latinoamericanas

#1
Abril 2024

**Hilando desde
la experiencia:
autoetnografías de
la revuelta feminista
en las universidades
latinoamericanas**

PARTICIPAN EN ESTE NÚMERO

Julieta Evangelina Cano
María Fernanda Solórzano Granada
Márgara Millán
Mílana Paola Almeida Mariño
Paula Contreras Rojas
Selene Aldana Santana
Yenny Carolina Ramírez
Zaida Almeida Gordón
Sayana Arias
María José Gutiérrez
Samira Folleco
Jeimy Yopez
Susan Rocha
Wendy Condoy
Steven Curay
Mariana Alvear Montenegro
Xavie Gálvez García
Esperanza Basurto Alcalde
Amada Aurora Vollbert Romero

Boletín del
Grupo de Trabajo
**Universidades y
despatriarcalización**



PLATAFORMAS PARA
EL DIÁLOGO SOCIAL

Mareas feministas en las universidades latinoamericanas no. 1 : hilando desde la experiencia : autoetnografías de la revuelta feminista en las universidades latinoamericanas / Julieta Evangelina Cano ... [et al.] ; Coordinación general de Márgara Millán ... [et al.]. - 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO, 2024.

Libro digital, PDF - (Boletines de grupos de trabajo)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-813-756-8

1. Feminismo. 2. Violencia de Género. 3. Mujeres. I. Cano, Julieta Evangelina. II. Millán, Márgara, coord.

CDD 305.42098

PLATAFORMAS PARA EL DIÁLOGO SOCIAL



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales

Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

Colección Boletines de Grupos de Trabajo

Director de la colección - Pablo Vommaro

CLACSO Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Directora Ejecutiva

María Fernanda Pampín - Directora de Publicaciones

Equipo Editorial

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

Solange Victory y Marcela Alemandi - Producción Editorial

Equipo

Natalia Gianatelli - Coordinadora

Cecilia Gofman, Marta Paredes, Rodolfo Gómez, Sofía Torres,

Teresa Arteaga y Ulises Rubinschik

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina. Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875

<clacso@clacsoinst.edu.ar> | <www.clacso.org>



Coordinación del Grupo de Trabajo

Márgara Millán

Universidad Nacional Autónoma de México

margara.millan@gmail.com

Coordinación del Boletín

Márgara Millán

Universidad Nacional Autónoma de México

margara.millan@gmail.com

Yenny Carolina Ramírez

Universidad Nacional de Colombia

yrcramirez@unal.edu.co

Selene Aldana Santana

Universidad Nacional Autónoma de México

selenealdana@politicas.unam.mx

Julieta Evangelina Cano

Universidad Nacional de La Plata

Instituto Universitario de la Policía Federal

Argentina

cano.julieta@gmail.com

Zaida Almeida Gordón

Universidad Central del Ecuador

zvalmeida@uce.edu.ec

Milena Paola Almeida Mariño

Universidad Central del Ecuador

mpalmeida@uce.edu.ec

María Fernanda Solórzano Granada

Universidad Intercultural de las

Nacionalidades y Pueblos Indígenas Amawtay

Wasi

maria.solorzano@uaw.edu.ec



Contenido

5 Apertura

Julieta Evangelina Cano
María Fernanda Solórzano
Granada
Márgara Millán
Milena Paola Almeida Mariño
Paula Contreras Rojas
Selene Aldana Santana
Yenny Carolina Ramírez
Zaida Almeida Gordón

FRAGMENTOS EPISTOLARES

15 Argentina

Julieta Evangelina Cano

19 Colombia

Yenny Carolina Ramírez

23 Chile

Paula Contreras Rojas

27 Ecuador

Sayana Arias
Kichwa Otavalo
María José Gutiérrez
Samira Folleco
Jeimy Yépez
Zaida Almeida Gordón
Susan Rocha
Wendy Condoy
Steven Curay
Milena Paola Almeida Mariño
Mariana Alvear Montenegro
María Fernanda Solórzano
Granada

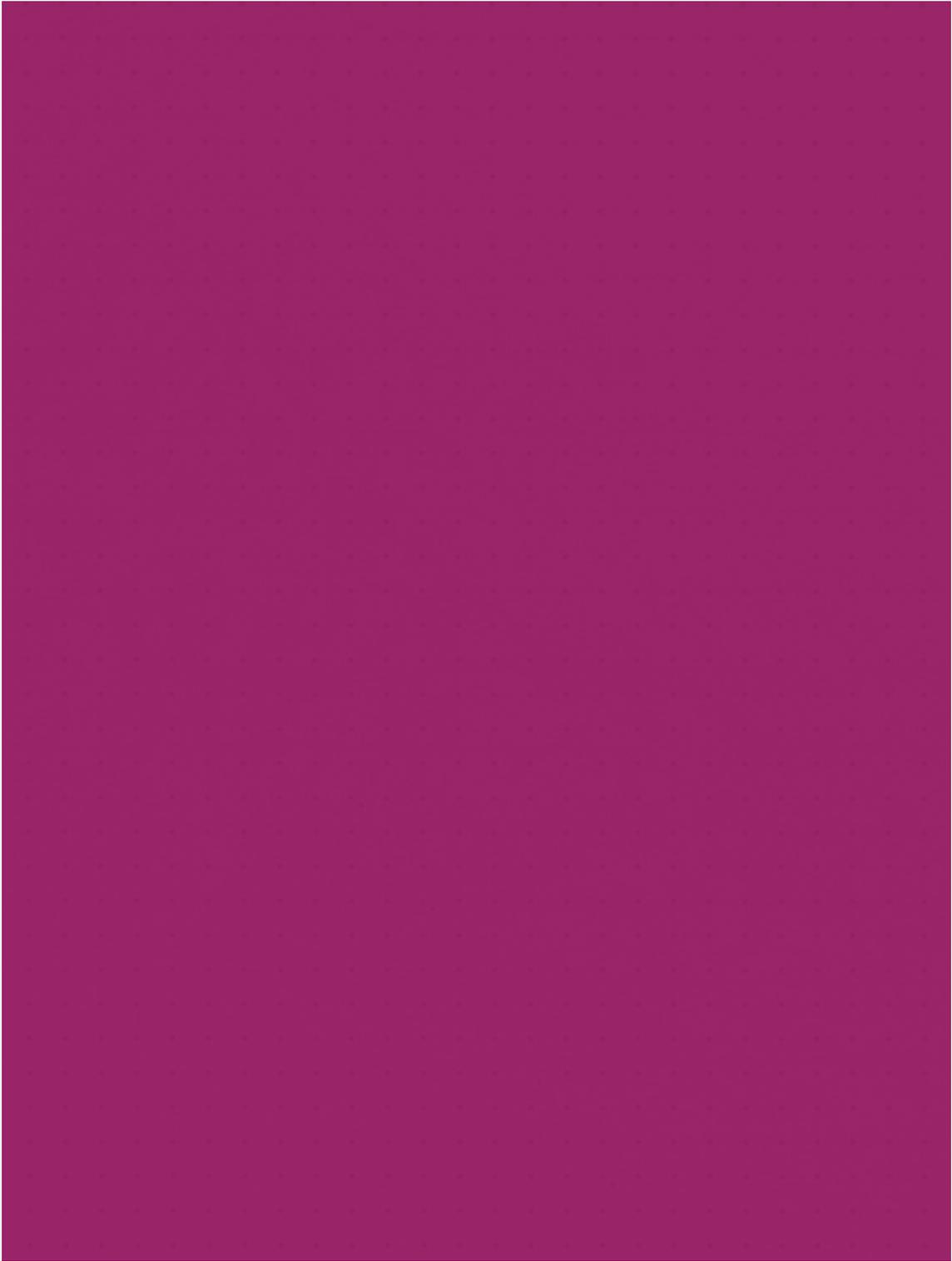
67 México

Xavie Gálvez García
Márgara Millán
Esperanza Basurto Alcalde
Amada Aurora Vollbert Romero
Selene Aldana Santana

86 Epílogo

Julieta Evangelina Cano
Milena Paola Almeida Mariño
Zaida Almeida Gordón





Mareas feministas en las universidades latinoamericanas
Número 1 • Abril 2024



Apertura

Julieta Evangelina Cano*
María Fernanda Solórzano Granada**
Márgara Millán***
Milena Paola Almeida Mariño****
Paula Contreras Rojas*****
Selene Aldana Santana*****
Yenny Carolina Ramírez*****
Zaida Almeida Gordón*****

Queridos lectores,

Es una alegría para nosotres presentar este primer Boletín del Grupo de Trabajo CLACSO Universidades y despatriarcalización, que junta a investigadoras de México, Argentina, Ecuador, Colombia y Chile. A partir del

- * Universidad Nacional de La Plata; Instituto Universitario de la Policía Federal Argentina. Integrante del Grupo de Trabajo CLACSO Universidades y despatriarcalización.
- ** Universidad Intercultural de las Nacionalidades y Pueblos Indígenas Amawtay Wasi. Integrante del Grupo de Trabajo CLACSO Universidades y despatriarcalización.
- *** Universidad Nacional Autónoma de México. Coordinadora del Grupo de Trabajo CLACSO Universidades y despatriarcalización.
- **** Universidad Central del Ecuador. Integrante del Grupo de Trabajo CLACSO Universidades y despatriarcalización.
- ***** Universidad Academia de Humanismo Cristiano. Integrante del Grupo de Trabajo CLACSO Universidades y despatriarcalización.
- ***** Universidad Nacional Autónoma de México. Integrante del Grupo de Trabajo CLACSO Universidades y despatriarcalización.
- ***** Universidad Nacional de Colombia. Integrante del Grupo de Trabajo CLACSO Universidades y despatriarcalización.
- ***** Universidad Central del Ecuador. Integrante del Grupo de Trabajo CLACSO Universidades y despatriarcalización.

trabajo que realizamos en cada uno de nuestros países, unimos esfuerzos para compartir en esta primera entrega las experiencias que vivimos al encontrarnos con los movimientos feministas universitarios recientes.

Nuestro Grupo de Trabajo emerge del contexto de la más reciente generación de los movimientos feministas en América Latina -identificada por algunas como una cuarta ola-. Al menos desde 2015, en nuestra región, hay un renovado vigor del pensamiento y la militancia feminista que se ha expresado lo mismo en las movilizaciones masivas en las calles en el 8M, el 12S o el 25N, que en las redes sociales como el #Metoo, o en la huelga internacional feminista del 8M. La agenda se ha hallado marcada por la crítica al neoliberalismo, pero también al feminismo institucional; por la lucha contra la violencia sexual y los feminicidios, como retumba en las consignas “Ni una menos” y “Vivas nos queremos”; y por la exigencia de justicia reproductiva, arista en que ha sido icónica la Marea Verde, hoy amenazada. Así, nos encontramos con un movimiento feminista de masas, internacional e intergeneracional, con una subjetividad política polimorfa que incluye a mujeres populares, de pueblos originarios, con discapacidad, trans y migrantes; jóvenes, muy jóvenes y no tan jóvenes, que abarcan en su acervo de métodos estratégicos, modalidades particulares e innovadoras de acción directa como son tendedores de denuncia, escraches, performances, pintas, tomas de instalaciones institucionales y paros estudiantiles.

En esta nueva fase de vigor feminista, las universidades han vuelto a ser espacios donde se ha desarrollado una crítica al patriarcado y una consecuente rebelión de las mujeres. Profesoras y estudiantas de Argentina, México, Ecuador, Chile y Colombia, quienes nos hemos encontrado en el Grupo de Trabajo, aprovechamos esta Boletina para reconocernos en las experiencias de nuestras compañeras de otros países.

Este boletín explora las narrativas personales a través de la autoetnografía, se desvelan las características únicas de cada país, reflejadas en la diversidad de las organizaciones feministas y las distintas reacciones que

provocan. Desde regiones donde el movimiento feminista ha arraigado profundamente en una red sólida de activismo, hasta áreas donde se observan retrocesos políticos en temas de derechos, cada relato autoetnográfico destaca la complejidad de los desafíos y las respuestas locales.

Para las compañeras ecuatorianas, la escritura feminista es mucho más que palabras en papel; es un acto de resistencia y memoria que nos conecta con nuestras raíces y con las valientes luchadoras que han marcado la historia de Ecuador. Desde las abuelas como Tránsito Amaguaña, Matilde Hidalgo y Nela Martínez, hasta las históricas figuras como Manuela Sáenz, Rosa Zárate, Marieta de Veintimilla, Felicia Solano, Leticia Montenegro y Tránsito Villagómez, son testimonio del compromiso feminista en la apertura de espacios públicos de denuncia política, arte y cultura a través de publicaciones y revistas. Los feminismos reconocen que la lucha por los derechos de las mujeres va más allá, abrazando también las batallas de mujeres indígenas, afroecuatorianas y otras que, sin declararse feministas, han abanderado luchas libertarias y por la descolonización.

En el movimiento ecuatoriano contemporáneo, las estudiantes universitarias y docentes lideran la lucha contra la violencia de género en las calles, alzando la voz con el movimiento “Ni una Menos” y promoviendo la conciencia sobre el femicidio y La Marea Verde. Surgen grupos como Universidad Púrpura, La Revuelta, Luna Roja, Coalición feminista contra el acoso sexual, junto con iniciativas en radio como Guarichas e Insurrectas y en medios como La Periódica, todas las movilizaciones han estado impulsadas por feminismos éticos que reconoce las interseccionalidades y se une a plataformas continentales, decoloniales y antipatriarcales.

Del mismo modo, el movimiento feminista en Argentina data de principios de siglo XX, cuando un grupo de mujeres ilustradas se organizó, con Julieta Lanteri a la cabeza, para demandar -entre otras reivindicaciones- por el sufragio universal. Sin embargo, y teniendo hitos significativos como el voto femenino en 1947 -de la mano de Eva Perón- y la reorganización de la década de los años ochenta post dictadura cívico militar

(1976-1983), es en el 2015 el año que podemos señalar como la masificación del movimiento, en oportunidad de organizar la primera marcha que, bajo la consigna #Ni Una Menos, demandaba al Estado intervenciones varias para frenar la violencia y los femicidios. Posteriormente, en el 2018 y en el 2020 los debates -parlamentarios y sociales- por la ley de interrupción voluntaria del embarazo volvió a poner al movimiento feminista en el centro de la escena, logrando en el Congreso esta reivindicación histórica, y sumando a sus filas a muchas personas jóvenes que se identificaron con la retórica de ampliación de derechos que plantean los feminismos.

Esta masificación trajo aparejado que, en el periodo 2019-2023 existan, no sólo a nivel nacional sino también en distintas jurisdicciones provinciales, Ministerios de las Mujeres y Diversidades Sexuales cuyo objetivo fue institucionalizar políticas de género para la igualdad. Sin embargo, este avance en la jerarquización de esta temática también vino acompañado por un recrudescimiento de los discursos de odio antifeministas que, concentrados en su postura antiaborto, son discursos y acciones profundamente reaccionarias que explícitamente abogan por la desigualdad de género. Tan potente fue la reacción conservadora (disfrazada de liberal) que actualmente el presidente del país es un exponente antiderechos con un discurso fuertemente patriarcal.

Por otro lado, en Colombia el movimiento feminista ha revitalizado los espacios universitarios. Ante la indignación por las violencias sexuales en la Universidad, se han generado juntanzas en colectivas y grupos activistas que se han tomado muros y espacios en el campus exigiendo acciones de prevención, reparación y justicia ante las violencias basadas en género. La fuerza de estudiantas y profesoras ha presionado para atravesar cada vez más el enfoque de género en toda la vida universitaria: en las políticas de bienestar, las pedagogías, los currículums, las veedurías e instancias disciplinarias e incluso, en los mecanismos “objetivos” de acceso a la universidad. Y aunque en años recientes hubo un proceso de paz en Colombia, las amenazas a la vida no cesan, persisten los proyectos

minero energéticos, el asesinato de lideresas sociales, el despojo, el reclutamiento forzado y las censuras a las denuncias. No obstante, la gran marea feminista ha traído fuerza a la voz de las mujeres y siguiendo el legado de luchadoras como Betsabé Espinel, Ofelia Uribe, Cristina Bautista. Las mujeres colombianas nos negamos a callarnos, y las universidades se han convertido en escenarios en los que se levanta la consigna de “nunca más sin nosotras”.

El caso de Chile no dista mucho de los ya señalados. Son diversas las mujeres que han luchado por nuestros derechos y que generaron una herencia de la que hoy nos nutrimos. Ejemplo de ello son las luchas de las mujeres obreras en la pampa a fines del siglo XIX, la lucha por el voto a principios del siglo XX y la lucha de las mujeres en contra de la dictadura cívico militar. El legado que ha dejado la lucha de las diferentes mujeres a lo largo de nuestra historia se encuentra presente en los actuales movimientos feministas y es parte de su fortaleza y de su riqueza.

Entre las diversas luchas destaca la que comenzaron las estudiantas universitarias el 2018, quienes se tomaron los recintos universitarios, las calles y las redes sociales dando cuenta de cómo el sistema patriarcal también está presente en las universidades. Así, se dio paso a lo que hoy se conoce como “mayo feminista”. Se exigía el fin del acoso, abuso y violencia sexual sufrido por las estudiantas al interior de las universidades, lo que visibilizó a nivel nacional un movimiento feminista liderado por las nuevas generaciones, que logró reflejar las violencias que vivimos cotidianamente y empatizar con las estudiantas. En esta misma línea también se movilizaron las secundarias en los diferentes colegios del país, exigiendo un sistema de educación no patriarcal, una educación no sexista que modifique las prácticas machistas instauradas desde los inicios de la educación tradicional chilena. Esta nueva “ola” feminista, se vio potenciada con la participación de casi 2 millones de mujeres en las calles para el 8M del año 2020, el cual venía con toda la fuerza de la revuelta social que comenzó en octubre del 2019. Hoy en día, los movimientos feministas siguen la línea trazada por las estudiantas el 2018, luchando por

el derecho al aborto, por igualdad laboral, por una educación no sexista, por los derechos sexuales y reproductivos, por una vida sin violencia (sexual, ambiental, política, económica, familiar y social) y por la transformación del sistema patriarcal.

Por su parte, México tiene una larga trayectoria de organización feminista, como se ha señalado para otros países, comparte un movimiento sufragista importante, el primer congreso feminista data del 1916, las mujeres populares y campesinas se incorporan masivamente a la lucha revolucionaria, y los años 70 y 80 están marcados por las intervenciones antipatriarcales y anti-autoritarias de los grupos feministas en plena etapa de la revolución sexual. Pero es sin duda en la segunda década del siglo XXI que se conjugan distintas fuerzas en un movimiento de mujeres y feminista masivo.

Desde 2016 las marchas del 8 de marzo empiezan a crecer, y las consignas empiezan a mostrar un sentido cada vez más anti sistémico, interseccional e intergeneracional: contra el racismo, contra la precariedad laboral y, sobre todo, contra la violencia feminicida. En ese marco de efervescencia y politización de los feminismos y de su carácter masivo la lucha de las mujeres contra las violencias patriarcales llega a las Universidades del país. En el año 2017 una estudiante, Lesvy Berlín, es asesinada en el campus universitario. Se siembra una semilla de acuerpamiento entre las estudiantes y la familia de Lesvy, que resuena también en el gran movimiento de mujeres en búsqueda de sus hijxs desaparecidos, o que han sufrido feminicidio. Los muros universitarios se ven permeados por este movimiento de indignación y reclamo frente al estado feminicida. Y también encontramos el efecto que el legado de la lucha zapatista indígena contemporánea ha tenido en las generaciones jóvenes. Del 2018 hasta entrada la pandemia observamos un movimiento que se aut nombra de “mujeres organizadas” que en acción directa toman facultades y escuelas y se instalan en los espacios con exigencias puntuales para erradicar las violencias de género en el aula. Logran cimbrar la estructura organizativa de la Universidad Nacional, modificar estatutos generales, y que

se establezca una Coordinación de Igualdad de Género. Logran también hacer obligatoria una materia sobre violencia de género en cada carrera que se imparta en la UNAM. Esa generación de estudiantes organizadas impacta a su vez a las docentes universitarias, en un movimiento de cuestionamiento a los contenidos curriculares y las pedagogías autoritarias de la enseñanza. La moneda sigue en el aire, entre una tensión crítica feminista y una institución colonial, patriarcal y autoritaria.

Estas movilizaciones trajeron de regreso un feminismo encarnado desde las vivencias de las múltiples violencias estructurales. En las universidades trajo la reubicación de nuestro compromiso militante en el trabajo en el aula. También, una crítica y autocrítica a la academización del feminismo. Tuvo resonancia en la pregunta sobre qué es la universidad hoy, y qué universidad queremos. Qué tipo de conocimientos y de formación necesitamos frente a los problemas que enfrentamos. Particularmente, quedó a la luz las estructuras academicistas, fundadas en el autoritarismo, las relaciones jerárquicas de poder, la meritocracia, así como las formas de violencia internas en las universidades.

Las jóvenes estudiantes exigieron el reconocimiento horizontal de la comunidad académica, entre profesoras y profesores, estudiantes y trabajadoras y trabajadores. Advirtieron la necesidad de que todes tuvieran cursos de sensibilización ante la violencia de género, como camino a su erradicación. Pensamos que este GT y la propuesta de las cartas son un efecto de este cimbramiento de la academia, para denotar que está atravesada por los afectos y las vivencias.

Desde la crítica al canon académico patriarcal que ha atravesado las dinámicas en las universidades, buscamos trascender la escritura fría, objetivista y con una neutralidad simulada. Rechazamos el academicismo que con lógicas elitistas ha excluido a las mujeres de la academia. En contravía, proponemos una comunicación cercana, cargada de vivencias y de historias de nuestros propios devenires. Al juntarnos para constituir el GT, identificamos la necesidad de reconocernos en nuestras trayectorias,

intereses y sentires que nos convocan. Recordamos la carta como ese género de escritura que nos permite conectar con la intimidad. Las cartas han estado presentes en las formas de comunicación de las mujeres, a quienes se nos asignó la labor del cuidado afectivo. A través de ellas hemos podido conocer la potencia del sentipensar de mujeres como Flora Tristán, Virginia Woolf, Rosa Luxemburgo, Simone de Beauvoir y George Sand.

Estas cartas nos permiten encontrarnos desde lo personal y tejer lazos de confianza. Desde una apuesta feminista, hacer de lo íntimo algo político, algo que puede nutrir las discusiones colectivas y generar reflexiones acerca de la forma en que han tomado lugar por décadas las violencias patriarcales en nuestras universidades. Se trata de revertir los procesos de violencias epistémicas. Las cartas a la vez que son fuente de conocimiento para comprender lo que vivimos en nuestras sociedades, posibilitan procesos de sanación; nos permiten compartir la palabra que nombra aquello que hemos experimentado por años y que cobra dificultad expresar.

El intercambio epistolar constituye para nosotras un acto de re-conocimiento mutuo, encuentro y empatía. Descubrimos que nos hemos hecho fuertes al encontrarnos navegando en la marea feminista de la última década, esto nos ha traído rabia e indignación frente a las violencias vividas, pero también, alegrías y motivaciones de saber que estamos juntas y construimos día a día esta revolución que no tiene vuelta atrás.

Nuestras cartas son narradas bajo el enfoque de la autoetnografía. Esta metodología es una forma de reflexividad que produce conocimientos de la experiencia social, a partir de nuestras biografías y de nuestras experiencias personales. La autoetnografía es parte del llamado “giro narrativo” como una propuesta desafiante y autocrítica de nuestras propias historias. Como menciona Silvia Bernad, 2014, la autoetnografía es un proceso de introspección que nos permite comprender nuestros lugares y posicionamientos en los feminismos, puesto que “lo personal es social”,

y a través del análisis de nosotres mismas “podemos lograr entender un contexto más amplio”.

Nuestras cartas autoetnográficas son nuestros relatos autobiográficos desde experiencias de la niñez, juventud, militancia feministas y académicas que siguen reverberando en cada historia de formas diversas. Como menciona Susan Street, 2017, “la autoetnografía tiene que ver con lo personal, con lo político y con lo cultural”. Esta metodología que se plasma en cada carta tiene un posicionamiento político desde nuestro sentipensar hacia un cambio y una justicia resiliente.

La autoetnografía rompe con las ideas hegemónicas de que las experiencias y los sentipensares de las y los académicos deben ocultarse, ser omitidos e incluso negados. Contrariamente, esta metodología nos permite reconocer a nuestros cuerpos como productores de conocimientos. Lo personal es político cuando nuestras vivencias se convierten en historias compartidas con las que resonamos y nos movilizan ante injusticias y violencias. En estas cartas autoetnográficas nos preguntamos cómo nos construimos feministas, mujeristas, académicas, sintiendo y activando nuestra memoria para hablar de nosotras, para gritar desde nuestras cuerpos.

Creemos que la etnografía como metodología emergente es necesaria y urgente en la academia como un “género autobiográfico de escritura e investigación que despliega múltiples capas de conciencia, conectando lo personal con lo cultural”, como menciona Ellis y Bochener (20023), pero también como un acto valiente y político. El pensamiento feminista nos ha enseñado que hay que superar la dicotomía razón- efectos y eso también nos lo enseñaron las estudiantas de la academia encorazonada de ternura radical. Les invitamos a leer nuestras cartas, escuchar nuestras historias, con el riesgo de encontrarse en ellas y descifrar caminos personales y colectivos a partir de las experiencias compartidas.

FRAGMENTOS EPISTOLARES

Mareas feministas en las universidades latinoamericanas
Número 1 • Abril 2024



Argentina

Julieta Evangelina Cano*

Estimada Lucía:

Te escribo esta carta para contarte cómo me encontraron los movimientos feministas universitarios del tiempo reciente. Si lo pienso bien, tendría que empezar con mi primer encuentro con el feminismo, porque ese encuentro fue en territorio universitario, en ocasión de hacer una maestría en Estudios interdisciplinarios de género en la Universidad de Salamanca para la que fui becada, y a la que me acerqué sin saber bien de qué iba la cosa. Te adelanto que hablaré de feminismo en singular, sin dejar de reconocer que hay múltiples feminismos relacionados con las múltiples demandas de los colectivos de mujeres y LGTBI+. Volviendo a la anécdota, resulta que, para mí, el espacio universitario fue el lugar donde pude ponerle nombre a ciertos malestares que venía experimentando que a veces eran decodificados como exageraciones. Fue el lugar en donde mi intuición y mi experiencia se encontraron con las categorías teóricas pensadas y resignificadas por quienes lo vivieron antes que yo. Fue en este espacio universitario en donde *incorporé* la consigna de “lo personal es político”.

Una vez que me encontré con el feminismo, como teoría y praxis, impregnó cada acción llevada adelante tanto en el espacio público como en el privado. El feminismo me interpela día a día en la crianza tuya y de tu

* Universidad Nacional de La Plata; Instituto Universitario de la Policía Federal Argentina. Integrante del Grupo de Trabajo CLACSO Universidades y despatriarcalización.

hermano, pero también en mi desempeño docente. Ser docente feminista de la carrera de abogacía es un desafío permanente, porque implica un compromiso con identificar y deconstruir las desigualdades por razones de género que experimentamos cada día. Implica también el objetivo de incidir en el perfil profesional de futuros abogados y abogadas, para que ellos y ellas puedan intervenir adecuada y reparatoriamente ante situaciones de violencia y discriminación por razones de género.

A pesar de la extensa producción teórica feminista que data de la década de los años sesenta, cuando consulto a mis estudiantes su conocimiento sobre estas cuestiones, la mayoría expresa que la perspectiva de género es una herramienta de reciente construcción. No me llama la atención que desconozcan la genealogía del pensamiento feminista, porque de no ser por el masivo movimiento social y político a favor de la interrupción voluntaria del embarazo en Argentina del año 2018 y 2020, creo que la mayoría ni siquiera sabría de qué hablamos cuando hablamos de género. La violencia epistémica y académica que atraviesa la producción de conocimiento feminista puede conceptualizarse, como lo plantean Verónica Piccone y Daniela Heim, como un *epistfemicidio*. Tampoco es novedad que estudiantes de derecho no conozcan ni reconozcan producciones de otros campos del saber, porque la enseñanza del derecho se caracteriza por carácter dogmático y endogámico: se lee y aprende lo que el propio campo jurídico -en términos de Bourdieu- produce. Pero sí podemos llamar la atención sobre la ignorancia deliberada que existe respecto a las interpelaciones de los feminismos jurídicos al (falso) carácter de neutral, objetivo e imparcial del derecho. Tal como lo plantea Val Flores, hay una “pasión por la ignorancia” que se traduce en la ausencia de algunos contenidos que resultan relevantes para conmovir el *status quo* patriarcal del campo jurídico.

Encontrarme con alumnas y alumnos que, desde su militancia por el pañuelo verde, se acercan de forma receptiva a los temas de género y diversidad sexual me resulta gratificante y estimulante. Como yo, ellas, ellos y elles logran -en el espacio universitario- ponerle palabras a las injusticias

identificadas y posteriormente naturalizadas y silenciadas. Estos encuentros son expansivos. A su vez, cuando habitan el aula estudiantes resistentes a este enfoque, me resulta un divertido desafío. Digo divertido porque su resistencia, a veces anclada en la ignorancia de buena fe, y a veces en un posicionamiento ideológico contrario a la ampliación de los derechos de las mujeres y disidencias sexuales, no me lo tomo personal. No me planteo como objetivo que salgan del aula convertidos/as en militantes feministas, sólo necesito que en la sólida estructura de certezas que traen consigo, pueda ingresar una pregunta que las empiece a conmover. El feminismo me enseñó que cada quien tiene sus tiempos para que “le caiga la ficha” y muchas veces esos tiempos están relacionados con violencias padecidas (en primera persona o en calidad de testigo de una violencia ejercida sobre una persona amada, como la madre) que no quieren ser reconocidas en esos términos. Porque los feminismos te interpelan en la subjetividad más profunda. Los feminismos invitan a una revisión crítica de la propia historia, de las propias experiencias, de las ideas sostenidas. A veces, las conclusiones de dicha revisión, pueden ser dolorosas. Por ello respeto los procesos, pero no implica que en el aula permita cualquier cosa: la escucha respetuosa del otro/otra/otro no habilita a discursos de odio en el espacio áulico, no permito prácticas que quieren ampararse en un régimen democrático para dinamitarlo.

Resumiendo, los feminismos universitarios en las facultades de derecho son objetivos a construir. Podemos identificar algunos emergentes que quieren asomar tímidamente en el espacio de lo debatible en cada curso, pero el edificio que se construye sobre la aparente y deseada -por los privilegiados del patriarcado- “apoliticidad del derecho” es un hueso aun duro de roer que intenta deslegitimar las preocupaciones de las mujeres y LGTBI+ que le ponen el cuerpo a la violencia y discriminación. Como feminista, no puedo ocultar que estas situaciones, que por momentos se me presentan como un desafío, también me provocan bronca, impotencia y temor. En contextos de gobiernos de las ultraderechas -como atravesamos actualmente en Argentina- en donde las feministas, lo que pensamos, decimos, hacemos y escribimos son blanco de ataques -tanto

en el mundo digital como en el analógico- ser feminista se vuelve una condición de riesgo. Una más, de las tantas condiciones que nos habitan y que habitamos. Sin embargo, el deseo y el trabajo por una sociedad más igualitaria es innegociable. Espero pequeña Lucy que todo esto que te cuento te sirva de inspiración para las luchas que tendrás que encarnar cuando te toque. Te amo, mamá.

BIBLIOGRAFÍA

- Bourdieu, Pierre; Teubner, Gunther. (2000). *La fuerza del derecho*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores. Facultad de Derecho de la Universidad de los Andes, Ediciones Unian-des, Instituto Pensar.
- Flores, Valeria (2008) Entre secretos y si-lencios. La ignorancia como política de conocimiento y práctica de (hetero) nor-malización en Revista Trabajo Social, N°18, UNAM.
- Heim, Daniela y Piccone, María Verónica (2019). Epistfemicidio y transversalidad de género. Avances en la reforma del curricu-lum de Abogacía de la Universidad Nacional de Río Negro. Academia; 17 (34); 253-295.



Colombia

Yenny Carolina Ramírez*

Queridas compañeras:

Escribo esta carta para contarles: ***¿Cómo me encontraron los movimientos feministas universitarios del tiempo reciente?***

Una tarde de febrero de 2019 visité *A diferente booklist*, una librería alternativa en la ciudad de Toronto. Me encontraba haciendo mi estancia doctoral e hice una parada allí en mi camino de regreso a casa. Revisando las publicaciones, me llamó la atención un libro titulado “Feminism for the 99%”. Había leído a Nancy Fraser y desconocía a las otras dos autoras, Tithi Bhattacharya y Cinzia Arruzza. En ese momento estaba escribiendo un artículo sobre el trabajo de mujeres en el hip hop y los planteamientos de Bhattacharya y Arruzza me resultaron pertinentes. Compré el libro y me adentré en las teorías de la reproducción social.

Antes de viajar a Toronto, me había presentado al concurso para ser profesora de la Universidad Nacional de Colombia (UNAL). Estaba pendiente de la resolución de los resultados finales. A mediados de 2019 recibí la noticia de haber quedado en el grupo seleccionado en el concurso. Así que después de regresar a Colombia, volví a la UNAL en el segundo semestre de 2019. Estaba motivada porque desde que fui estudiante, mi corazón siempre había estado en la Nacho, volver como profesora me alegraba el espíritu. Junto a mis cursos en sociología, apoyé un curso que habíamos propuesto en ciencias políticas sobre género y políticas

* Universidad Nacional de Colombia, Bogotá. Integrante del Grupo de Trabajo CLACSO Universidades y despatriarcalización.

públicas. Esto me llevó a adentrarme cada vez más en la literatura, pero también en los informes de política pública sobre diagnósticos de las VBG. Ese año participé el 25N en la marcha contra las violencias hacia las mujeres. Estuve muy contenta y acompañada de mis amigas, fue una marcha multitudinaria, me encontré con varias estudiantes y sentí ese espíritu colectivo de denuncia y de acompañamiento. Al finalizar ese semestre que, por las movilizaciones de 2019, terminó en febrero de 2020, un grupo de estudiantes me pidió participar en un panel sobre mujeres y sociología. En ese espacio, compartí mis experiencias a partir del diálogo propuesto. Gracias al diálogo, hice cada vez más conciencia de las violencias patriarcales que había sufrido en la universidad y en mi vida profesional.

En 2020, me pidieron acompañar un comité de género en la organización del XIII Congreso Nacional de Sociología. En medio del inicio de la pandemia, me encontraba virtualmente con dos colegas de otras universidades e intercambiamos acerca del patriarcado en la academia. Para ese momento, entré en contacto con una colega de la UNAM que me presentó con Selene Aldana, a quien invitamos al Congreso como conferencista. Ella nos habló de las violencias epistémicas y las variadas formas en que han operado en la sociología. Y muy generosamente, me invitó a participar en los ciclos de lectura de su proyecto PAPIME: La participación femenina en la sociología clásica. El encuentro con Selene fue importante para poder situar mi feminismo en el campo de la sociología y llevarlo a mi vida cotidiana como docente.

A mediados de 2020, un grupo de estudiantes me comentó su interés por hacer un trabajo académico que articulara género y sociología. Ellas traían un proceso con el Comité de Género y querían fortalecer la parte académica. Nos juntamos y presentamos una propuesta de investigación para estudiar la forma en la que había operado el canon androcéntrico en el Departamento de sociología de la UNAL y proponer una propuesta de transversalización del enfoque de género. Desde entonces, hemos trabajado en ese proyecto. Hicimos una recolección de los programas de

asignatura de la década 2010-2020 y analizamos los contenidos, métodos y formas de evaluación. Este trabajo colectivo nos motivó a constituir la Semillera de Sociologías Populares, Feministas y de Género.

Con la Semillera, hemos podido hacer colectivamente un proceso reflexivo sobre la forma en que operaron y operan las violencias patriarcales en nuestro proceso de formación en la Universidad. Hemos diseñado una propuesta de transversalización del enfoque de género para proponer al programa y una iniciativa de estrategias de comunicación que promuevan la reflexividad frente al funcionamiento de estas violencias dentro y fuera de las aulas del campus.

Esa reflexividad como docente me ha llevado a trabajar por incorporar cada vez más el enfoque de género en mis cursos tanto a nivel de los contenidos como de las metodologías. A hacer consciente las formas canónicas que aprendí de hacer sociología e irles dando apertura hacia experiencias de aprendizajes más vivas en las que el cuerpo, las emociones y el encuentro intersubjetivo tengan un mayor lugar. Recientemente, tuve la oportunidad de empezar a impartir la asignatura de Sociología del género: sociología de las mujeres, las mujeres en la sociología. Este curso ha sido retador, pues ha implicado un proceso de autoformación, lectura y profundización en el trabajo de todas las mujeres que nunca estudié en mi carrera. En esta tarea ha sido muy importante las redes que hemos construido con las compañeras de la UNAM y del proyecto Mari Jo Deegan, que buscó visibilizar a pensadoras del siglo XX. A este proyecto fui invitada a participar con una contribución biográfica sobre María Cristina Salazar. Aunque fue una de las sociólogas fundadoras de la disciplina en el país, tenía escasos conocimientos sobre su trabajo, de hecho, fue difícil encontrar sus escritos. Eso profundizó mi conciencia respecto a la borradura de las mujeres de la sociología en Colombia.

Como docente he tenido la oportunidad de conectar de manera especial con las estudiantes a quienes acompaño en tesis de pregrado y posgrado, con las estudiantes de la semillera y con quienes compartimos el curso

de sociología del género; la conciencia feminista atraviesa nuestro pensar colectivo. Con ellas, nos hemos atrevido a explorar una academia vivida, afectuosa y potente para pensar la transformación. Con ellas descubrí a Úrsula Kroeber Le Guin, maestra que me inspira en el presente, que me ha renovado la mente y el espíritu con su ficción creativa. Para los próximos años, como docente estoy motivada a adentrarme en las conexiones entre la ficción feminista y la sociología, considero que es fundamental abrir los lenguajes y la imaginación para transitar hacia formas alternativas de vida.



Chile

Paula Contreras Rojas*

Viví mi niñez y adolescencia en un mundo donde poco se hablaba del feminismo. En los años 80' y 90' supe de algunas mujeres feministas, algunas mujeres que se organizaban y peleaban por los derechos de las mujeres. A mediados de los 80' llegué a vivir a Lima, Perú, llegamos con mi familia como refugiados políticos tras el exilio forzoso que nos impuso la dictadura de Pinochet en Chile. En esos años conocí mi primer acercamiento con esas mujeres feministas, ya que frente a mi colegio estaba la organización feminista Flora Tristán. Mujeres de pelo suelto, firmes y alegres. Para mí fueron muchas mujeres juntas, con mucha energía, lo que me parecía muy entretenido en esa época.

Al llegar a Chile a comienzos de los noventa, entré a estudiar a un Liceo de niñas, o de señoritas, como nos decían las profesoras. No recuerdo haber escuchado mucho de feminismo en esos años. Crecí rodeada de muchas mujeres toda mi adolescencia, siempre nos molestó que en la calle los hombres nos molestaran o nos miraran lascivamente, o que en alguna fiesta un hombre nos diera un “agarrón”, o que hablaran mal de nosotras, o que en la micro algún hombre nos tocara o se pegara a nuestros cuerpos. O el miedo profundo a que un hombre nos violara o quisiera hacernos algo sin nuestra voluntad. Éramos conscientes de todo ello, de cuánto nos molestaba y nos indignaba, pero nunca ahondamos en su origen, ni tampoco profundizamos en una crítica que fuera más allá del acto concreto que nos indignaba. En esos tiempos no se hablaba

* Universidad Academia de Humanismo Cristiano, Escuela de Antropología, Geografía e Historia, Santiago, Chile. Integrante del Grupo de Trabajo CLACSO Universidades y despatriarcalización.

de patriarcado, sí de capitalismo, neoliberalismo, clases sociales y machismo, pero no lo articulábamos con la mirada feminista y el sistema patriarcal.

También existía mucha naturalización o normalización de situaciones. Nuestros cuerpos eran criticados, si nos gustaba el sexo éramos criticadas, si no sabíamos nada de sexo también éramos criticadas, no existía el poliamor como concepto y ser poliamorosa solo podía ser criticado. Muchas veces callamos abusos sexuales ya que pensamos que habían sucedido por nuestra culpa, por “exponernos” o por “provocar” a los hombres. Vestirnos con ropa apretada, bailar desinhibidamente, tomar alcohol, coquetear, caminar sola por la calle, todas eran situaciones que nos “*exponían*” o que “*provocaban*”. Siempre la culpa se nos impuso y naturalizamos esa culpa.

Tengo muy buenos recuerdos de mi época adolescente y de mi juventud. Fui feliz y gocé mucho esa etapa de mi vida. Tuve muchas amigas y amigos, salí, bailé, bebí, reí, lloré, me enamoré, viajé, estudié. Pero no podría decir que el feminismo fue parte de mi vida en esa etapa. Siempre cuestioné y critiqué el sistema en el que vivía, fui de ir a marchar, de protestar, de participar en las tomas de la universidad y estar pensando siempre un mundo diferente. Pero el feminismo no era una de mis banderas de lucha.

Con los años, conocí el feminismo, primero con el concepto de género, luego con la diversidad de feminismos que existen, pero no crecí con ellos, ha sido un aprendizaje más académico, no fue parte de mi niñez y adolescencia. Es por ello, que cuando en el 2018, las calles de Santiago de Chile comenzaron a llenarse de pañuelos morados, de pañuelos verdes, de adolescentes y jóvenes empoderadas, lo primero que pensé fue “me hubiera encantado ser adolescente en el 2018”. Pude ver a las chicas del Liceo 1, mi ex colegio de señoritas, alzando sus voces y sus puños en contra de un sistema patriarcal que se reproduce todos los días en las salas de clases. Se tomaron el colegio. Lucharon días y semanas por cambios

tanto en el interior de su establecimiento como para el sistema educativo en general. Veía a todas esas chicas desnaturalizando todo lo que a nosotras nos indignó años atrás, comprendiendo lo que nosotras no habíamos podido ver, ser conscientes de dónde venía toda esa indignación y de lo que era y es el patriarcado y cómo se expresa en nuestras vidas cotidianas. La emoción de esos días fue mucha. Sentía que vivía a través de ellas una lucha necesaria que en mi época escolar no viví, pero que ellas lo estaban haciendo también por nosotras.

En paralelo, en mi lugar de trabajo, la Universidad Academia de Humanismo Cristiano, también se vivía un proceso similar. Las estudiantas comenzaron una toma feminista. Antes de ello se veía en el aula cómo muchas tenían posturas críticas ante el modelo patriarcal, de las desigualdades de género que se reproducen en la misma universidad. ¿Dónde están los textos escritos por mujeres?, ¿Por qué leemos solo hombres?, ¿Por qué muchos de los profesores no nos consideran cuando queremos opinar?, ¿Por qué algunas carreras tienen muchos más profesores que profesoras? Eran muchas las preguntas que surgían y que nos obligaban a repensar el espacio universitario. Fueron momentos de mucha reflexión. De orgullo de estar con estudiantas que se atreven a levantar la voz, y que exigen cambiar prácticas que están enraizadas en la construcción misma del sistema universitario. También fue un gran desafío para nosotras, las profesoras e investigadoras. ¿Cómo deconstruir ese modelo patriarcal que es parte constitutiva del mundo académico? No era y no es tarea fácil, seguimos en ese camino.

Fueron momentos de mucha energía y de emociones encontradas, de revivir experiencias que nos indignaron por mucho tiempo, de recordar que tenemos que luchar día a día, que nunca nada está cien por ciento ganado. De sentir que podemos cambiar el modelo, que hay esperanzas, que las niñas, adolescentes y jóvenes ya no son iguales a las de mi época. Saber que poco a poco, esa culpa que se nos inculcó, se ha ido transformando. No somos las culpables de los abusos que los hombres y la sociedad nos imponen, cada día somos más las mujeres que reconocemos

un sistema patriarcal que nos ha formado para pensarnos culpables. Ver a las estudiantas de mi ex colegio y a las estudiantas a las que les hago clases tomarse sus espacios, gritando y peleando por ellas y por todas las mujeres, fue una experiencia emocional que mezclaba alegría, rabia, optimismo y esperanza. La alegría de ver cómo la culpa ya no era de ellas, de sus cuerpos, cómo esa culpa se iba diluyendo y cómo se iba transformando en bandera de lucha contra el sistema de dominación patriarcal. Como el cántico de Las Tesis que resonó en las distintas calles del país “Y la culpa no era mía, ni dónde estaba, ni cómo vestía”.

Ecuador

Una niña feliz (Shuk kushilla wawa)

Sayana Arias*

Kichwa Otavalo**



Fotografía: Fabiola Fueres.

Shuk chishi punllapi kay pachaman shamurkani, Sayanami kani.

* Universidad Central del Ecuador - Técnica de Investigación.

** Técnica de Investigación- Universidad Central del Ecuador.

Ñukapa kawaymanta ashakuta rimapasha: uchilla kashpa kushi, purik, shinchi wawakumi karkani kayman chayman ñuka alkukukunawan kallpapash, mashikunawan pukllashpa, ñukapa paniwan asishpa wiñar-kani. Shinapash ñuka umapi shunkupipash ashtawan yachakunkapa munaparkani, chayta yuyashpami uchillamanta kichwa warmi kashpash shuk mushuyta charirkani “Hatun kashpaka yachachik kankapa munani” nirrkani, shinaka punllan yachana wasiman rishpa yachakushpa katirkani. Ña hatunyashpaka kay pachakunapika mushuk ruraykunata kallarikani hatun ñaña kashapami uchilla turi, panitapash rikuriashpa kuyashpa paykunata ñawpaman apashpa katirkani.

Ña hatunyashpaka yachana wasipi sumak yachachikkunata riksirkani, paykunami ñukapa munashkata paktachinkapa yanaparka, chayta rikushpami ñuka shunku kushikurka chay punchamanta mushuk yachakuykunata punchan yachakurkani shinami hatun yachana wasiman yaykuy usharkani, kallari-pika na tukuyta hamuktarkani shinapash manllaywambash na yachakuyta sakirkanichu. Watakuna yalikipimi ña yachachik warmi tukurkani chay punchamanta kayman wakin ruraykunata ñukapa kawsak pushtapi kallarikani, ñukanchipa mama shimi sinchiyachinkapa shinapash tukuy warmi, hari wambrakunapash hatun yachana wasikunaman yaykuchun wakin tantanakuykunata rurashkani. Kunan punchakunapi Universidad Central hatun yachana wasipi yachaykuna ukupimi mushuk ruraykunata wiñachikuni. Kushikuspami nini warmikunapash maypi kashpapas ñukanchi runa kawsayta, shimitapash ama kunkapashunchikchuk, punchan punchan sinchiyachishpa katipashun. Ñukapa juyashka mamitapa yanapaywan tukuyta ruray usharkani, paymi maypi kashpá-pash ñuka shunkupi kawsan.

En una tarde fría y con lluvia viene a este mundo, mi nombre es Sayana.

Desde niña fui muy curiosa, me encantaba jugar con mis perritos y explorar nuevos lugares con mis amigos, me reía todo el día con mi hermana. En mi mente crecía la duda, siendo una mujer kichwa indígena ¿sería posible lograr aprender y tener el nivel de educación que yo quisiera?, mi

sueño de ser una excelente profesora crecía. Culminé la escuela y seguí con mis estudios mientras estaba al cuidado de mi hermana y hermano.

En los espacios educativos encontré docentes que me inspiraban y alentaban a seguir construyendo mis sueños, mi corazón se conmovió al ver tan buenos ejemplos, me esforcé y logré ingresar a la universidad, al principio fue complejo entender y adaptarme a esta nueva etapa de mi vida. Me enfoqué en trabajar desde la educación relacionada con el trabajo colectivo, para fortalecer nuestra cultura e idioma materno, resaltando la necesidad de que los compañeros y compañeras puedan ingresar a estudiar una carrera profesional.

Actualmente trabajo en la Universidad Central en donde complemento mi carrera en educación con enfoque en Derechos Humanos, y algo que siempre recalco es que “donde quiera que te encuentres no olvidemos de dónde vinimos, y si somos mujeres kichwa trabajemos para fortalecer nuestro idioma, costumbres y tradiciones”.

Sin el apoyo de mi querida mamá no sería posible todo esto, por eso siempre la llevo dentro de mi corazón.

Una mujer feliz y valiente (Shuk kushi, sinchi warmi)

María José Gutiérrez*



Fotografía: María Gutiérrez.

En una feria de libros en los pasillos de la Facultad de Comunicación Social me topé con el feminismo. Fue como encontrar una vieja amiga, de aquellas con las que tomas un té en la tarde, y en la noche sales a pelear contra policías. Una amiga que me esperaba en un compendio de anillados viejos por tan solo 2,75 USD, y que me cambiaría mi vida para siempre.

Cuando me topé con el feminismo, entendí muchas cosas: lo primero, que no era simplemente “la rara del salón”, sino una mujer valiosa con

* Técnica de Investigación. Universidad Central del Ecuador - INIGED.

una perspectiva única que merecía ser escuchada. Ser tímida, otaku, kpopper y amante de la fantasía dejaron de ser características calladas de un mundo “sin acción política” para convertirse en mis trincheras de debate. Lo segundo es dar sentido político a las historias de mis ancestras desde la sororidad y la denuncia a la violencia de género. Mi abuela indígena, madre soltera y analfabeta, y mis hermanas se transformaron en figuras que representaban la resistencia ante el patriarcado.

Miles de memorias de docentes etiquetándome como “inteligente, pero mujer”, “modista” o “poco competente” por mi edad. Clases interminables donde las faldas eran obligatorias para las exposiciones o los “juegos/penitencias” donde nuestros cuerpos se convertían en títeres de las palabras del docente “haz el 8 en la pizarra” “baila”, sentía asco.

Encontré a mi familia, un grupo de mujeres que pasaron de ser espectadoras silenciosas, y pasaron de la rabia e indignación colectiva a la acción. De las aulas salimos a gritar en los pasillos de la Universidad- “La educación será feminista o no será”. Y empezamos a mirar de frente al problema.

Nos autoconvocamos a espacios de reflexión sobre el rol de la educación superior, nos embarcamos a hablar de violencia de género en una estructura liderada por hombres machistas que me veían como una niña haciendo berrinche. Poco a poco me enfrenté a un discurso en común de que “el género es una moda”. No me quebré porque aprendí de las mujeres que formaron mi familia en la academia (docentes) a resistir, rabiar y llorar; pero responder desde la ternura radical y la coherencia política y teórica.

De esos encuentros y experiencias se solidificó mi camino en el Instituto de Investigación en Igualdad, Género y Derechos, y desde diversas estrategias frente a la precarización laboral del país y de quienes hablamos de derechos humanos, sentí avanzar y retroceder. Creábamos cursos de formación, posicionábamos las temáticas de género, dábamos talleres

de prevención, generábamos campañas y estrategias comunicacionales. Hacíamos todo para una comunidad de más de 7 mil personas con tan solo tres manos y dos computadoras. Y, aun así, parecía que no movíamos nada.

Los años pasaron, el ritmo jamás bajó y mi amor por prevenir la violencia de género nunca flaqueó; como una vara de bambú que se ve presionada contra una prensa...me rompí. Un ser masculino hegemónico que era parte de esta familia creada me atacó, y el sistema contra el que luchaba, hizo lo que siempre hacía: apoyar al agresor, no escuchar mi voz, ocultarlo bajo la alfombra. La academia es patriarcal; siempre lo supe, pero sentirlo no solo me rompió físicamente, mentalmente, emocionalmente sino políticamente. Miré mi lucha y la sentí fría, lejana; me sentí solitaria e impotente.

En ese hueco oscuro, fueron lxs amigxs de lucha quienes me sostuvieron, unieron los pedazos y me dieron luz. De nuevo, fue el feminismo desde su corporeidad en ellxs que volvió por mí. Y aunque, la academia seguirá siendo patriarcal y ese sujeto sigue impregnado en mi piel. Son las palabras como “ternura radical” y “resistencia feminista” que me recuerdan que el feminismo siempre me encontrará cuando me vea perdida y sola.

Abrazando el transcurso del tiempo y el cambio

Samira Folleco*

Ojos llenos de inocencia,
inocencia que ni el tiempo puede desvanecer



Fotografía de Carlos Andrés Folleco.

La pequeña que aparece en esta fotografía soy yo, Samira. Es innegable que desde aquel día en que capturaron esta imagen hasta hoy han transcurrido varios años (para ser precisa, veintidós). Sin embargo, me gusta pensar que aún conservo la esencia de esa niña que vivía con ligereza y sin temor, confiada en la certeza de que la protección de sus padres la acompañaría siempre. El mundo evoluciona constantemente, nada permanece estático, y que yo no soy la excepción a esta regla universal. Mi infancia fue testigo de este constante cambio.

* Estudiante. Universidad Central del Ecuador.

Nací en Ibarra, una pequeña ciudad en la provincia de Imbabura, Ecuador. A lo largo del tiempo residí en distintas localidades, explorando tanto la serranía como la costa ecuatoriana. La separación de mis padres marcó una etapa crucial en mi vida, coincidiendo con cambios evidentes en mi cuerpo que se volvían tema de conversación a donde llegaba. La palabra que mejor definía mis días era “cambio”. En mí arraigaba la sensación de pertenecer a todas partes y, al mismo tiempo, a ninguna, generando la percepción de no tener un punto fijo al cual aferrarme. Esta perspectiva me llevó a adoptar una actitud temeraria, con un deseo ardiente de enfrentar y conquistar el mundo. Bajo este contexto, me mudé a Quito, ciudad en la que resido actualmente.

Llegué a la capital con apenas 13 años, convencida de que ya era toda una “mujer”. El anhelo de crecer antes de tiempo me llevó a exponerme a situaciones perjudiciales que, en última instancia, dejaron una marca de tristeza en mí. Me convencí de que mi valía estaba en mi cuerpo, en ser un objeto de deseo para la mirada masculina. Ahora, al ver todo desde una perspectiva diferente, comprendo que durante años me culpé injustamente por querer apresurarme. Este deseo urgente era simplemente una manifestación de los estragos que el patriarcado ha causado en la sociedad a lo largo del tiempo. La presión y los estándares impuestos por una estructura patriarcal influyeron en la percepción distorsionada que tenía de mí misma.

En medio del mar de caos y cambios que caracterizaba mi vida, la única idea inmutable que había dentro de mí era estudiar en la Universidad Central del Ecuador (UCE). Había construido una idealización completa en torno a la posibilidad de cursar mis estudios en una de las instituciones académicas más destacadas del país. Después del esfuerzo que conlleva ingresar a la universidad pública, logré entrar a la UCE para seguir la carrera de Comunicación Social, lo cual me llenaba de felicidad.

Debido al COVID-19, cursé mis primeros cuatro semestres de manera virtual, lo que me mantuvo alejada físicamente de las dinámicas

presenciales en las aulas. No obstante, con la mejora de la situación pandémica, la transición a clases presenciales se hizo posible, permitiéndome sumergirme en experiencias que harían posible que hoy pueda responder ¿Cómo me encontraron los movimientos feministas universitarios en estos tiempos recientes?

Todo empezó en el año 2022, cursaba el cuarto semestre. Una de las materias de la malla curricular era industrias del espectáculo, materia que disfrutaba mucho por lo que participaba en las conversaciones de la cátedra. El profesor era “amable”, “atento” e incluso algunas veces adulaba mi sonrisa. No sabía cómo actuar frente a estas situaciones, era la primera vez que me encontraba en un ambiente universitario y no quería arruinarlo. Bajaba la cabeza y seguía prestando atención a la clase.

Trataba de no darle importancia a lo que pasaba porque quería aprender. Sin embargo, la cruda realidad me abofeteó un día de verano en el que decidí vestirme con un top. El docente pedía trabajos grupales y la revisión se hacía en el aula, en su escritorio. Con mi equipo de trabajo nos acercamos, estaba hablando con quién era el coordinador, razón por la que yo estaba distraída hasta que fue inevitable no sentir su mirada clavada como daga en mis senos. Mis compas también lo notaron y apuraron todo el proceso para que yo pudiera irme a sentar. Desde ese día, revisaba el horario para vestirme lo más cubierta posible cuando tenía esa asignatura.

En ese mismo semestre, también recibí la materia de diseño gráfico impartida por un profesor que tenía cercanía con el anterior docente mencionado. Este docente, muchas veces interrumpía la clase para decirme que tenía una sonrisa coqueta. De nuevo se repetía todo. Otra vez me sentía entre la espada y la pared. En el transcurso de los meses por casualidad los dos nos vestimos con ropa que guardaba cierta similitud. El profesor comentaba que éramos “gemelos” fue algo cómico en su momento, esto se volvió un chiste recurrente y fue pretexto para que empezara abrazarme al final de cada clase o para comentarme con que ropa

vendríamos. Este docente me escribió por WhatsApp un mensaje confuso que solo decía “señorita”, no respondí, y más tarde me ridiculizó ante a mis compañeros diciendo que debido a que yo no respondo se ve en la obligación de escribirle a todos.

Tuve que pasar otra situación más intensa con un docente más. Él decía que en la clase se hacía lo que él dijera o incluso a veces mencionaba que era celoso y que yo no debería estar cerca de mis amigos. Todos empezaron a señalarme, a juzgarme pensando que yo podría tener algo con dicho maestro.

El común denominador de estas historias es el miedo que vengo acarreando desde que llegué a Quito, el no ser aprobada por la mirada masculina me obligó a guardar silencio ante estas violencias atravesadas por las relaciones patriarcales que permean los espacios universitarios.

Siempre que vuelvo a estas vivencias, abrazo el transcurso del tiempo y el cambio, porque ya no soy esa misma chica que no actuaba, que prefería callar. El entenderme como feminista es una necesidad urgente, es una manera de resistencia. Responder cómo me encontraron los movimientos feministas dentro de la universidad al contarles mi historia ya tiene un cierto sentido de obviedad.

El miedo, la incomodidad, la indignación y el coraje encandilaron mi corazón, mi ser y me llevaron a entenderme desde otros espacios que resulten reparadores para mí. El feminismo es una lucha hermanada que hace frente a esas estructuras patriarcales, machistas y violentas que nos oprimen; es por eso que pienso que, si el feminismo no nos encuentra, tarde o temprano nuestra búsqueda de justicia hará que nosotrxs lo encontremos.

Agradezco coincidir con estas maravillosas personas en este camino de resistencia que transito a diario

8 de marzo, siete amigos y un futuro morado



Fotografía de Carla Nacimba.

Ñukaka Mayumi Kani

Jeimy Yépez*

Cálido y bendecido hogar de Isaac



Fotografía: Jeimy Yépez.

Alli chishi mashikuna (buenas tardes compañeras) Mi nombre es Jeimy Yépez, aunque mi nombre no tiene un origen Kichwa, soy de la Nacionalidad Kichwa del Pueblo Kayambi. Soy mamá de un niño de 9 años, trabajo en la Universidad Central del Ecuador como técnica de investigación en el Instituto de Investigación en Igualdad, Género y Derechos. Nací en Cayambe, en una parroquia cercana a la cabecera cantonal que se llama Juan Montalvo, soy la primera hija de padre y madre y la segunda de mamá. Mi entorno familiar se desenvolvía en una familia pequeña

* Universidad Central de Ecuador.

de bajos recursos económicos. Desde niña realizaba las cosas por mí misma, pues detrás de mí venían mis hermanos y ellos debían tener más atención “por ser más pequeños” - eso decían mis padres-.

Crecí la mayor parte de mi vida con mi abuela paterna, quien a más de amarme y cuidarme me enseñaban las tareas de las “mujeres” como cocinar, coser, lavar, barrer y todas aquellas cosas que se articulan a lo femenino. Ahora entiendo que los estereotipos y los roles de género vienen de familia y se transmite intergeneracionalmente. Cuando tuve 13 años mis padres por fin se separaron (digo por fin porque iban y venían esas intenciones). La violencia que mi padre ejercía con mi madre era insostenible, desde ahí estuve en contra del dicho machista: “aunque pegue o mate marido es”, porque la carga de violencia de este enunciado me llenaba de miedo a mí y a mis hermanos.

En mi familia paterna y materna fui la primera nieta que obtuvo un título universitario. El esfuerzo de mi mamá, de mi taita (padre), hermana y, sobre todo, de mi abuelita, hizo realidad mi sueño. Tuve que dejar a mi familia, pues la universidad está en Quito, aunque la distancia no es muy larga, ahora veo que la distancia más notoria es la distancia sentimental, pues en realidad me he alejado de mi familia. Haber culminado mis estudios fue un logro, pues veía a mis amigas y vecinas que no tenían esa opción porque no existían recursos económicos para una educación superior.

La universidad fue otro mundo para mí. Cuando llegué a estudiar me pasó algo gracioso, pasé un semestre sin saber que había ascensor en la facultad, ni siquiera sabía qué era eso, en ese entonces de dónde venía no había esas cosas. Este es solo un ejemplo de las cosas que desconocía, pero no solo cosas físicas, sino aquello que estudié ya que la educación del campo y de la capital son diferentes. Estudié administración pública, mis docentes decían que nos preparaban para que salgamos a ocupar cargos públicos, direcciones, etc. ¡Algo que me emocionaba bastante! pues llevo en mi mente y en mi corazón la pregunta que realicé a mi

profesor si una mujer podría ser presidenta del Ecuador. Él contestó que sí, y ¿porque no podría ser yo? Me pregunto a mí misma, son metas que tengo, pero aún hay mucho por caminar.

Fui mamá a los 22 años, aunque no fue fácil seguir con mis estudios me seguí preparando. Desde las aulas de clases me encantaba escuchar sobre política, historia, creo que está en mis genes. Recuerdo que desde niña salía a las marchas, movilizaciones y a los paros nacionales, no veía el peligro. Me fascinaba escuchar las conversaciones de los mayores, sus críticas a los gobiernos, sus historias de lucha, el entusiasmo y, sobre todo, el compromiso con el pueblo.

Mis abuelas no hablan kichwa pero entienden, mi padres entienden y hablan ciertas palabras, y mi generación se esfuerza para que nuestra lengua no muera. Hubo un tiempo en el cual mi familia se identificaba como mestiza, yo también lo hacía, pero no me sentía encajada. Ahora me identifico como warmi (mujer) indígena, pues comprendí, que no es necesario que uno vista o hable perfectamente kichwa para considerarse indígena, porque siento ese camino de lucha que históricamente hemos tenido.

No tengo afinidad a los partidos políticos, pienso que los que existen en mi país solo persiguen fines económicos e individuales, he dejado de creer en la izquierda, pues es la derecha camuflada. Tampoco estoy de acuerdo con la derecha, porque su forma de aplicar las leyes ha perjudicado a los más pobres; pero tampoco pienso que los “ricos” son personas malas y que hay quitarles todo. Mi pensamiento va más allá, creo en la *complementariedad*, como la tierra y el sol unidos para producir; así deberían ser los humanos sin roles, sin estereotipos, sin prejuicios, donde warmi (mujer) y kari (hombre) son iguales en deberes y derechos. Para que eso sea una realidad, es necesaria la lucha y la resistencia por reivindicar nuestros derechos y los derechos de la naturaleza, hay un camino largo para transitar, pero el coraje de nuestros antepasados nos acompaña.

Tal vez se preguntarán por qué empecé escribiendo ÑUKAKA MAYUMI KANI (YO SOY RÍO), porque inicio en la montaña (mis antepasados), en mi transitar voy llevando agua (solidaridad y conocimiento) a quien lo necesita (familia-amigos-prójimo), y desembocó en el mar (lugar de bienestar y tranquilidad para mí), una paz que sobrepasa todo entendimiento.

Zaida Almeida Gordón*

A mi “yo” profesora
A mi “yo” feminista
A mi “yo” mujer

Des-andando

Recuerdo ese día. Voy a contar mi versión de la historia. Cuando amanecimos deshabitadas por todas las complejidades que nos había traído la pandemia, no podía sostener lo que estaban pasando mis tres “yo”. En casa cuidando de mi esposo muy enfermo y de mi hija que aún amamantaba, mis pechos estaban llenos de tristeza.

Mientras, en las redes socio-digitales se gestaba una de las tantas pequeñas grandes luchas feministas. Un grupo de estudiantes se habían juntado para denunciar a un docente por diferentes tipos de abuso de poder. Pasaban los días y las colectivas de la ciudad sostenían por fuera de la Universidad Central del Ecuador, al grupo de chicas que cada vez era más grande. Evidentemente, se estaba desestabilizando la violencia simbólica e institucional que aqueja al ámbito universitario.

Mi corazón feminista latía con cada sentimiento de reclamo, esa muestra emancipadora me recordaba que afuera de mis cuatro paredes estaban sucediendo cosas y las estudiantes las estaban gritando. Semanas más

* Universidad Central del Ecuador. Integrante del Grupo de Trabajo CLACSO Universidades y despatriarcalización.

tarde me enteré que, junto a un grupo de compañeras, habíamos sido acusadas de ser parte de un grupo de “profesoras feministas radicales y odiadoras de hombres” que, supuestamente, estaban generando la movilización en las redes socio-digitales. En ese momento sentí que colapsaron mis “yo” y, desarticulada por la pandemia, me volví a juntar con las profes, para acompañar principalmente a una de las compañeras quién era acusada de ser la autora intelectual.

Des-anudando

Pensaba todo lo que se señalaba de mí que, en comparación a lo que se decía de una de amigas, era casi nada. Pensaba en ella, en las chicas que podían ser expulsadas, trataba de acuerparme a mí misma. Rehabitar mi cuerpo, que en ese tiempo era lugar de la incertidumbre.

Al final, las chicas pudieron terminar la carrera, el profesor siguió en su mismo espacio y cualquier tipo de expediente de las dos partes quedó archivado en la memoria selectiva del patriarcado. Aquella donde lo masculino establece el orden social de la Universidad, aquella donde parte la violencia institucional, aquella donde se reproduce la dominación en relación con el autoritarismo, el hostigamiento, el acoso y la violencia en las aulas. Imperativos de poder que dan cuenta de la indiferencia institucional. Pero ahí estábamos con mis compañeras, sororas, renaciendo, pariéndonos una y otra vez. Ahí estaban mis “yo” reencarnando, recuperando el ritual y dotándome de nuevas palabras.

Escuchándome

Me recuerdo descalza, ofuscada y rota, observando mi planta de romero, tocándola, siendo una con la tierra, pero también siendo río, siendo ruido y siendo música, pensando que suceda lo que suceda, estaba conmigo, estaba con ellas, estaba con nosotras.

¡Y ahora está acá! esa voz colectiva nuevamente apoyando a mi amiga, mirando de frente como una y otra vez la violencia sube su escala en la Universidad. Incomodando, pero además sosteniendo la espera de un dictamen a favor del feminismo.

Coexistencia: Amuletos para resistir



Fotografía de Zaida Almeida.

Yo universitaria: estudiante, docente, directora, colega, amiga

Susan Rocha*

Cada día, al adentrarme en el campus como profesora, mi mirada se encuentra con un edificio blanco que, en su época de construcción, se erigía como un símbolo moderno, amplio e imponente. Esta estructura, inicialmente representativa del conocimiento, revela su verdadero estado al acercarme: un edificio deteriorado, inadecuadamente restaurado, sucio y roto. Esta dualidad entre la apariencia y la realidad resuena en otras facetas de la universidad.

La amalgama de elementos diversos, anacrónicos y en decadencia me lleva a reflexionar sobre lo que Derrida llamó una “Universidad sin condición”, un lugar donde todo puede ser cuestionado, interpelado, afirmado, explorado o presentado como ficción (2002). Sin embargo, este enfoque de diálogo académico y de disenso respetuoso parece ser una de las relaciones más deterioradas y fracturadas dentro de la institución superior pública.

Dentro de las facultades, percibo feudos amurallados, especialmente entre quienes se autodenominan miembros históricos de las luchas obreras y campesinas. La resistencia hacia el feminismo surge con la afirmación de que anula la “verdadera” lucha de conciencia de clase. El disenso se

* Universidad Central del Ecuador. Integrante del Grupo de Trabajo CLACSO Universidades y despatriarcalización.

confunde con la deslealtad, y la reclamación de nuestros derechos y justicia interseccional se convierte en una tarea agreste, evidenciando que la Universidad Pública está lejos de ser un lugar sin condición.

Como estudiante, me encontré con violencias socialmente aceptadas y normalizadas. La palabra feminismo resonaba como un eco lejano, pero de reivindicación y posible emancipación. Ahora, como docente, siento el poder de nombrar que permite comprender mejor las formas de intimidación, abuso de poder y discriminación.

Contra mis deseos de contar con una universidad libre de violencia de género y acoso sexual, el espíritu de cuerpo patriarcal se convierte en garantía de impunidad. Señalar injusticias de género es percibido como un ataque al honor masculino y a la reputación institucional. Esta dualidad de honor y vergüenza exige nuestro silencio para ajustarnos a esta red de relaciones de poder.

Mi experiencia como historiadora del arte y curadora me lleva a cuestionar y contextualizar bienes y prácticas culturales, buscando construir conocimiento situado a través de objetos. La exposición *TransInDisciplinar, ¿Pensar la Universidad como un lugar sin límites?*, curada de forma participativa y colaborativa por Isabel Mena durante la época en la cual fui directora del Museo Universitario MUCE, se convirtió en un punto de conflicto donde el cuestionamiento de las injusticias de género generó resistencia y censura.

Conversatorio en el Museo Universitario MUCE



Fotografía de Edison Benavides.

Como directora de museos, he enfrentado censuras, ataques políticos y he sentido indignación por la impunidad de aquellos que han dejado en esas ruinas metafóricas a la universidad. Al mismo tiempo, he admirado la resiliencia de las estudiantes y de mis compañeras docentes que han impulsado propuestas feministas para cambiar la institución.

Los encuentros con el feminismo universitario no solo han sido confrontaciones con la violencia en la academia, sino también experiencias evocadoras de crecimiento personal. Las lágrimas derramadas en las marchas se mezclan con las sonrisas compartidas en la construcción de un camino más igualitario. Como profesora, decidí desafiar la narrativa tradicional y cuestionar las estructuras de poder que habían permanecido inalteradas por demasiado tiempo. Fue un acto de rebeldía educativa, una manera de sembrar preguntas, dudas que pueden germinar en las presentes y futuras generaciones.

Querida Susan, este viaje con el feminismo ha sido un constante fluir entre desafíos, retrocesos y victorias, entre lágrimas y risas. A través de esta carta auto-etnográfica, descubro que mi historia se entrelaza con la de todas aquellas mujeres valientes que han desafiado y siguen desafiando las estructuras de la academia. Para finalizar, me pregunto si es posible proponer una universidad diferente, donde las discusiones académicas sustituyan a las peleas de poder, entonces pienso que quizá la restauración de esas edificaciones no implique dejarlas blancas como en la época de los años cuarenta, sino representaciones y presentaciones que den cuenta de este transcurrir del tiempo.

Epicentro de revolución

Wendy Condoy*

Te escribo desde el rincón de mis propias revelaciones, donde los movimientos feministas universitarios han dejado una huella imborrable en mi trayectoria. Fue un encuentro inesperado, como un capítulo que se despliega sin previo aviso en la novela de mi vida.

Mi historia con el feminismo universitario comienza con el frío viento de febrero que susurraba entre las calles de Quito, llevando consigo una noticia que helaba el corazón de la ciudad. El 2 de febrero de 2022, el destino tejía un capítulo oscuro al descubrir el cuerpo sin vida de Johanna Gabriela Guayguacundo Tingo, amiga, compañera y gran periodista que yacía en una zanja al norte de la capital.

La escena estaba marcada por la crudeza de la violencia, los signos indelibles de un tormento que había cercado la vida de Johu. Su asesinato se convertía en el trágico epílogo de un relato de acoso y agresiones perpetuas, tejido por las manos crueles de su exconviviente, Carlos Fernando Escudero Jiménez. Johanna, en su afán de buscar seguridad, había buscado refugio en una boleta de auxilio, un grito desesperado que, lamentablemente, no fue suficiente para evitar la fatalidad.

En medio del pesar, se alzaba una pregunta incómoda y necesaria: ¿cuántas boletas de auxilio deben ser escritas antes de que la sociedad se levante en un coro unánime contra la violencia de género? Johanna, una voz valiente, había pagado el precio más alto por la indiferencia que a menudo rodea a estos llamados desesperados.

* Universidad Central de Ecuador.

Quito, con sus calles cargadas de historia, ahora sostenía también la narrativa dolorosa de Johanna. En la tristeza de su pérdida, quedaba la responsabilidad compartida de construir un futuro donde las boletas de auxilio no sean un último suspiro, sino un llamado que despierte la empatía y la acción antes de que sea demasiado tarde.

La mañana del 3 de agosto del mismo año se alzó con una promesa de unidad y justicia mientras la ciudad vibraba con un llamado urgente. El Complejo Judicial Norte ubicado en la avenida Amazonas se llenaba con una marea de corazones indignados, unidos por un propósito: #justiciaparajohu.

La multitud, compuesta por rostros familiares y extraños, convergen hacia el lugar designado para el plantón. Pancartas pintadas con la fuerza de la rabia y la tristeza se alzaban en alto, clamando por la verdad y exigiendo que la memoria de Johanna no se desvaneciera en la oscuridad del olvido.

Las voces de los manifestantes se entrelazan en un coro de solidaridad, un eco resonante que anunciaba la firme determinación de no permitir que la injusticia prevalezca. Entre la multitud, se percibía un palpable sentimiento de hermandad, como si todos compartieran un lazo invisible que conectaba sus corazones en la búsqueda común de respuestas.

Los discursos, cargados de emotividad, reverberaban en el aire. Personas valientes compartían palabras que capturaban la esencia de Johanna, recordándonos su valentía y la tragedia que la había arrebatado de la vida. Cada historia compartida se convertía en un ladrillo más en la construcción colectiva de un monumento simbólico en memoria de Johanna.

Los momentos de silencio resonaban con un respeto profundo, como si la propia ciudad guardara luto por la pérdida de una de sus hijas. El plantón no solo era un acto de protesta, sino un ritual de recuerdo, un compromiso de no dejar que la memoria de Johanna se desvanezca en el silencio.

Desde ese instante, las marchas y manifestaciones se erigieron como el escenario donde mi compromiso se volvía tangible. Me sumergí en multitudes bulliciosas, donde las pancartas se alzaban como estandartes de un ejército unido por un propósito sagrado: la búsqueda incansable de igualdad. En medio de ese océano de gente hallé mi lugar, mi voz resonando en un coro de resistencia.

Cada paso que daba entre la marea de manifestantes era un testimonio de solidaridad, una conexión instantánea con aquellos cuyas historias compartían los mismos matices de lucha. En esos momentos experimenté el poder transformador de la solidaridad. Era como si cada voz que se unía a la causa tejiera un hilo invisible que fortalecía el tejido colectivo de nuestra lucha. Las palabras de los oradores se mezclaban con los cánticos de la multitud, creando una sinergia que trascendía las individualidades para formar un mensaje unificado.

Así, entre la multitud y las pancartas, descubrí no solo la magnitud de la lucha, sino también la belleza de la colaboración. En cada paso, en cada consigna gritada en unísono, encontré la fuerza que emana cuando las voces se entrelazan, formando un coro de resistencia que resuena más allá de las calles y se extiende hacia el horizonte de la igualdad.

Las reuniones en círculos y los debates apasionados se convirtieron en la esencia de mi experiencia universitaria. Me encontré inmersa en un ambiente donde las ideas florecían como flores en primavera, cada una única, pero contribuyendo a un jardín de diversidad y cambio. Las compañeras que el destino colocó en esos espacios de lucha se convirtieron en algo más que amigas; se transformaron en aliadas de vida.

Cada encuentro fue una oportunidad para explorar las capas profundas de nuestras experiencias individuales. Nos sumergimos en la inmensidad de las conversaciones, desafiando las expectativas impuestas y desentrañando los nudos invisibles que nos mantenían atadas.

El feminismo universitario dejó de ser simplemente un movimiento colectivo; se convirtió en una travesía personal de autoexploración y autoafirmación. Entre risas y lágrimas, aprendimos a abrazar nuestras identidades, desafiando los estereotipos que nos habían limitado por tanto tiempo. Juntas, construimos un espacio donde la autenticidad florecía, nutriéndose mutuamente con la fuerza que surge de la comprensión y el apoyo.

Cada paso en esta travesía fue como desplegar un mapa emocional que nos llevaba más allá de las superficialidades, hacia la esencia misma de nuestras verdades. Las risas compartidas en las reuniones y la seriedad en las discusiones profundas crearon un tejido invisible pero resistente que nos sostenía en nuestra búsqueda conjunta de equidad y justicia.

Así, entre la sororidad y el entendimiento, el feminismo universitario se convirtió en la brújula que nos guiaba hacia la autoexploración y autoafirmación. Encontramos no solo un movimiento que desafiaba las estructuras externas, sino también un refugio donde nuestras voces individuales resonaban en armonía, construyendo un eco que se extendía más allá de los confines universitarios y hacia el vasto terreno de la vida.

Es así que, desde el epicentro de esta revolución personal, quiero agradecer a los movimientos feministas universitarios por encontrarme en un momento crucial de mi vida. Han sido faros que iluminaron mi camino hacia la autenticidad, la conciencia y la acción.

A contracorriente: un viaje auténtico a través de la violencia

Steven Curay*

En las siguientes líneas exploraré mi travesía a lo largo de las distintas etapas de mi vida, desde la infancia hasta mi papel actual como técnico de investigación. Mi historia, marcada por las violencias de género en la academia, se entrelaza con las complejidades de mi identidad y las luchas que he enfrentado para romper el silencio impuesto.

Soy Steven Rubén, un niño risueño cuyo nombre se desarrolla en contraposición de la carga de la tradición familiar. Crecí en Solanda, un barrio popular del sur de Quito, donde la cotidianidad se teñía de peligro y vecindad. La dualidad de mis raíces mestizas me sumergió en dos mundos distintos, pero encontré refugio en la familia de mi madre, donde las cuotas de masculinidad no me aprisionaban. Mi infancia se moldeó en la risa y la introversión, marcando el contrapunto de las expectativas a las que resistí desde temprana edad.

De padres que no completaron su educación formal, me vi impulsado a trabajar desde los 12 años. El valor del trabajo, inculcado por mi padre, se convirtió en un imperativo para el futuro proveedor que se esperaba que fuera. La adolescencia se volvió un laberinto de exploración, tanto en lo laboral como en lo personal. Descubrí mi orientación sexual, pero la influencia de un contexto cristiano católico me mantuvo restringido. La

* Universidad Central del Ecuador.

búsqueda de mi identidad se volvió solitaria, teñida por la homofobia, la gordofobia y otros desafíos que enfrenté en el camino hacia la aceptación de mi autenticidad.

La universidad marcó un punto de quiebre. Decidí vivir abiertamente como un hombre gay, encontrando verdaderos lazos de amistad con quienes compartían mi lucha por los derechos humanos y la diversidad. Sin embargo, esta elección también atrajo discriminación, tanto de docentes como de la sociedad. La homofobia se manifestó en la pérdida de seres queridos y en enfrentamientos con la familia. Estas experiencias despertaron una conciencia colectiva y una determinación para desafiar las estructuras de poder que perpetúan la violencia.

En mi rol actual, encuentro el espacio para ser auténtico sin miedo. Mi formación en derechos humanos y la vivencia de las violencias LGBTIQ+fóbicas se traducen en una misión clara: utilizar mi carrera en Psicología Clínica para apoyar a quienes atraviesan procesos similares. La solidaridad con la lucha feminista se manifiesta en la conciencia compartida de las estructuras patriarcales. Dentro y fuera de mi trabajo, contribuyo a proyectos y enunciados que desafían y transforman estas estructuras.

A través de estas etapas, mi historia es un testimonio de resistencia y transformación. Cada capítulo ha sido una lucha para romper silencios, superar discriminaciones y abrazar mi autenticidad. Este viaje no solo es personal; es una contribución a la lucha colectiva contra las violencias de género que persisten en la academia y más allá.

Hablo desde mi voz: mi historia por la lucha de los derechos de las mujeres a una vida libre de violencia de género en la Universidad Central

Milena Paola Almeida Mariño*

Permítanme presentarme, soy Milena Paola Almeida Mariño, antropóloga, docente, a punto de cumplir 52 años. Soy hija de Marcia, nieta de Licenia y de Fanny, y hermana de Irina. También soy la madre de Martina y Paola.

Quiero compartir un fragmento de mi vida, que como la metáfora del viaje representa un recorrido de mi vida por la lucha feminista, este proceso ha moldeado mi vida, mi espacio de reconocimiento, por tanto, quiero remontarme a las raíces de mi experiencia, donde el entendimiento de la violencia de género se me reveló en una dualidad sorprendente. Por una parte, la experiencia personal de lo que fue enfrentarme a casi siete años de matrimonio, y, por otra parte, la importancia que tuvo en mi vida trabajar en el Consejo de Igualdad de Género y en el Consejo de la Judicatura. En aquel entonces, estaba casada, y a pesar de mi inmersión en temas

* Universidad Central del Ecuador. Integrante del Grupo de Trabajo CLACSO Universidades y despatriarcalización.

de género, no reconocía las sutilezas con las que había naturalizado las situaciones de violencia en mi entorno cercano.

Trabajar en estos espacios iluminó un poquito mi camino hacia la comprensión y la conciencia feminista, pero también fue un espejo que reflejó la complejidad de reconocer las formas más sutiles de violencia de género. Descubrir estas dinámicas en mi propia vida fue un proceso gradual y desafiante, que me llevó a repensar mis percepciones arraigadas y a cuestionar la normalización de conductas que, en retrospectiva, fueron alarmantes.

El año 2014 marcó un giro crucial en mi camino al ser convocada para impartir clases en la Universidad Central del Ecuador. Aquel primer semestre resonó como una fusión entre la academia y la palpable realidad que se desplegaba en cada rincón de aquella institución histórica y reconocida por la lucha social estudiantil. Mi experiencia en este espacio universitario rebasó el simple transitar entre aulas y pasillos; fue un viaje inmersivo hacia la comprensión de realidades no siempre evidentes a simple vista.

El umbral de mi incursión en la cátedra se tiñó de un encuentro fortuito que sacudió mi existencia en la Facultad de Comunicación Social. Ante mis ojos se desplegó una situación de violencia de género, desencadenando un torbellino emocional y un cuestionamiento profundo sobre la dinámica y la respuesta institucional ante estas complejidades.

Recuerdo nítidamente el impacto de presenciar a una estudiante, de menos de 1m50 de estatura, enfrentarse con una determinación férrea a un acto de violencia. En ese instante, la lección fue inminente: ante las formas arraigadas de discriminación y el control que parecían regir el aula como feudos, emergía una fuerza y poder singular. Alguien desafiaba con valentía el *statu quo*, y las estructuras de poder impuestas, fue entonces cuando comprendí la dimensión de la lucha contra estas injusticias enraizadas.

Ese día, en la inmensidad del aula, se alzó una voz valiente que desafiaba el sometimiento y la opresión, y en ese acto de resistencia encontré mi primera y más poderosa lección. El nombre de mi alumna era Ximena, y ella dijo *“no me someto”, “a mí nadie me violenta”*

Lamentablemente, esa situación no encontró el puerto seguro que esperábamos. Sin embargo, fue el germen de una semilla que me impulsó en la formación de un proyecto colaborativo con varias estudiantes y docentes. Juntas, gestamos la iniciativa Universidad Púrpura, un espacio de encuentro y diálogo que no solo buscaba abordar la problemática de la violencia de género, sino dar voz y visibilidad a las diversas expresiones de la sexualidad. Habíamos colocado la discusión sobre la discriminación de género, y sobre las formas en que los docentes ejercían su poder en el aula universitaria, así se realizó el proyecto aulas libres de violencia, posteriormente otro proyecto recogería nuestra propuesta y se ampliaría con el nombre Radio Púrpura.

La Universidad Púrpura se erigió como un faro en medio de la nebulosa de silencio que envolvía estas cuestiones sensibles. Más allá de ser un proyecto, se convirtió en el espacio seguro para compartir vivencias, inquietudes y perspectivas con varias docentes y estudiantes. Este espacio no solo nos ofreció un refugio para discutir abiertamente problemáticas invisibilizadas, sino que también se convirtió en una escuela de activismo, forjando puentes entre el conocimiento académico y la realidad tangible que enfrentamos a diario.

Esa etapa marcó un punto de inflexión en mi travesía universitaria, dio paso a un compromiso más profundo con la causa, el viaje de Universidad Púrpura estuvo marcado por desafíos que pusieron a prueba su viabilidad y aceptación de la Universidad Central. A pesar de ser acogido inicialmente, pronto nos dimos cuenta de la resistencia sutil que se gestaba tras los pasillos de la institución. Nuestro proyecto, con la premisa de transformar estructuras arraigadas en la universidad, enfrentó miradas escépticas que lo percibían como una perturbación a la comodidad

que tenían profesores que no reconocían haber sido violentos con las estudiantes universitarias. La incómoda verdad de que nuestro propósito no encajaba con las dinámicas preexistentes comenzó a revelarse.

A partir del proyecto, comenzaron a aflorar las realidades silenciadas del acoso que imperaban en los entresijos de la vida universitaria. La luz arrojada sobre estas situaciones incómodas, pero esenciales de abordar, generó una reacción de resistencia por parte de ciertos sectores. La institucionalidad, reticente a desenmascarar estas problemáticas arraigadas, mostró signos de incomodidad ante la exposición de estas situaciones. El proyecto que se suponía iba a integrarse sin fricciones dentro de los cimientos de la facultad ahora enfrentaba una barrera invisible, un muro de resistencia frente a las verdades incómodas que traía consigo. De esta manera, en la Facultad de Comunicación pudimos evidenciar, como desde la convocatoria a una reunión asamblearia realizada por la máxima autoridad, señalaron que la campaña educomunicacional contra el acoso sexual que habíamos hecho como proyecto Púrpura, había sido cuestionada porque señalaban que intentaba poner en el desprestigio a los docentes universitarios.

Este momento de confrontación fue un llamado a la resistencia, un desafío a no ceder ante las presiones para silenciar lo que el proyecto sacaba a la luz. Fue un recordatorio de que el cambio y la transformación no siempre son acogidos con los brazos abiertos, especialmente cuando socavan estructuras arraigadas por mucho tiempo.

Mariana Alvear Montenegro*

Recuerdo que en 2008 estaba terminando mi carrera y debía presentar un proyecto de investigación para trabajarlo como tesis de grado y finalizar mi formación académica y ser una Licenciada en Comunicación Social. En ese momento de incertidumbre y gran deseo por graduarme empecé a pensar en temas para hacer mi trabajo de grado. ¿Qué quería investigar?, ¿Qué temas me atraían?, sobre ¿qué trabajaría mi tesis de grado?, eran demasiadas preguntas y muy complejas para mí en ese momento, no era poca cosa, pensaba que debía ser algo trascendental, novedoso, digno de ser investigado, pensaba en ese momento con gran ingenuidad también.

De pronto, al mirarme en el espejo un día mientras me maquillaba, me percaté de que mi estética era “diferente”, tomé conciencia de mi cuerpo, mi corporalidad, mi identidad estética, tras casi cinco años de vivirla apenas la advertía como una postura política. Entonces, recordé que cuando estaba en segundo semestre un profesor dijo el primer día de clase: “no entiendo a estos rockeros que se visten de negro, con pelos largos como mujeres y escuchan esas músicas raras, así que a mi clase vendrán normalitos”, este comentario me llegó directamente pues me sentaba en primera fila, llevaba el cabello corto, mi maquillaje era entre gótico y dark, mi ropa e indumentaria era negra ¡yo era rockera!

Ese semestre perdí la materia con ese profesor, no por falta de méritos académicos, era mi estética y mi identidad la que no convenía al profesor.

* Universidad Central del Ecuador. Integrante del Grupo de Trabajo CLACSO Universidades y despatriarcalización.

Varios semestres más tarde con otro profesor, que se autodenominaba como poeta viví otra experiencia “extraña” porque a él mi estética le parecía sombría, lúgubre, y fascinante por las experiencias “paranormales, exuberantes, carnales y exóticas” que seguro me enfrentaban a las sensaciones y emociones más humanas y mundanas, cosa que a él le inspiraba para sus poemarios y clases.

Las sensaciones que me invadieron en ese momento de lucidez memorística de los episodios vividos en las aulas, donde ahora doy clase, fueron extrañas, una mezcla de rabia, temor e impotencia me colmaron por no entender claramente la profunda violencia que viví, me discriminaron por mi identidad estética y fui sujeta de algún tipo de fantasías por parte un par de profesores que no tenían empacho en decir lo que se les cruzaba por la cabeza sin tener conciencia, o quizá sí, sobre su posición de poder dentro del aula.

Fue entonces que me propuse mirar desde otra perspectiva mi condición de mujer, rockera, estudiante para después descubrirme como hija, hermana y sujeta de múltiples violencias en el espacio en el que pensé había descubierto las bondades de la diversidad, la vida y el conocimiento universal, plural y revolucionario.

En mi época estudiantil poco o nada se hablaba de feminismos, movimientos de mujeres, disidencias sexo genéricas y otras posibilidades de existencia o al menos yo no era cercana a esos espacios; sin embargo mis experiencias de violencia y mi propio transitar en el rock y lo underground me inquietaban, pues el ser mujer en esos espacios era visto como una existencia marginal que debía probar que merecía estar en esos espacios inminentemente masculinos, o éramos las novias, las hermanas o las que andábamos buscando algo.

Muy íntimamente a nivel familiar también me costó ser quien era, mujer, rockera, libre pensadora y rebelde “sin causa”, una vez mi padre al verme llegar a media noche y con algunos/muchos tragos encima se quejaron

al punto de arrepentimiento profundo por haberme dejado ir a la universidad, pues él pensaba que me había convertido en prostituta por mi reprochable comportamiento nada digno de una señorita que asiste la a universidad a estudiar para convertirse en una mujer profesional.

Resultaba entonces que no solo era en las aulas, era también en la casa y por supuesto en las calles y en la sociedad misma que mi existencia era una amenaza por romper los estereotipos y a la vez era la posibilidad para que esos hombres pudieran corregirme para encaminarme en “la normalidad”.

Quince años después, he vuelto a las mismas aulas y a encontrar a los mismos profesores en las aulas, y espacios universitarios repitiendo como mantra las mismas ideas misóginas, violentas, machistas, fóbicas contra las disidencias sexo genéricas, abusando de su posición de poder para acosar a las estudiantes y fomentando complicidad masculina con el resto de comunidad académica desde las más altas esferas hasta los espacios más “bajos”. Lo maravilloso de esta época es que las estudiantes, colegas y yo misma hemos tenido la capacidad de hablar y levantar la voz para que nos escuchen y sepan que ahora miramos y sentimos diferente respecto de las formas de violencia machista en los espacios universitarios.

Las estudiantes organizadas, autoconvocadas, contando sus experiencias, acompañando denuncias, apoyando plantones y hablando de acoso en las aulas, violencia de género, relaciones abusivas y relaciones de poder... ¡cuánta maravilla!, hace diez años atrás esto era impensable, pero ahora es el síntoma de la vivencia y la convivencia dentro y fuera de las aulas. Como profesora, la curiosidad de investigar, pensar y sentir se alimenta de esas voces jóvenes, potentes e irreverentes, quizá podamos sentir que estamos solas aún; sin embargo, sabemos que somos manada y que, si tocan a una, nos tocan a todas, que ahora tenemos otras formas de narrarnos, despojándonos diariamente, como posturas políticas, de

esos letargos y legados/lealtades que tratan de jalarnos a ese viejo y obsoleto sistema.

Llevo diez años como profesora en las mismas aulas en las que viví, escuché, sentí y consentí violencia sobre mí, sobre mis amigas, sobre mis compañeras e incluso sobre mis profesoras, el reto es inminente, la ganancia es que me he encontrado con mujeres valiosas y guerreras, a quienes veo como guías, sabias y aliadas con quienes la lucha se convierte en camino ligero y en aquellarre constante aun cuando los vientos se tornen tortuosos y a contra reloj.

María Fernanda Solórzano Granada*

Al recordar mi trayectoria como docente universitaria, mi memoria se detiene en un episodio específico que marcó mi encuentro con los movimientos feministas del Ecuador. En la Universidad donde trabajé durante 15 años, Dalia ingresó a laborar como asistente de investigación para uno de los profesores con “mayor reconocimiento” por su trayectoria y con quien compartía varios proyectos de investigación. Ella apenas había terminado su licenciatura en ciencias sociales y traía todo el ímpetu y la energía para involucrarse en proyectos académicos. Dalia realizaba diferentes tareas relacionadas a la investigación social, pero también se encargaba de las actividades personales del docente, como por ejemplo coordinar el lugar donde debía comer a diario, llevar su agenda y preparar su café.

Dalia era muy servicial ante cada solicitud del profesor. Me tardé varios meses en darme cuenta que tenían una relación que había traspasado los asuntos laborales. Entre risas y miradas cómplices escondían un romance de más de dos años. Con el pasar del tiempo, Dalia y yo construimos una amistad cercana y de confianza mutua que me permitió conocer de cerca su relación.

Para el 2016, el movimiento #miprimercoso del Ecuador se constituyó en una plataforma de denuncia sobre las violencias y abusos perpetrados por personajes visibles en el arte, la academia y la política de Quito. Varias de estas denuncias de abuso y violencia desestabilizaron el mundo

* Universidad Intercultural de Nacionalidades y Pueblos Indígenas Amawtay Wasi. Integrante del Grupo de Trabajo CLACSO Universidades y despatriarcalización.

académico y cultural de la ciudad, sobre todo para aquellos que presumían de sus trayectorias y condecoraciones. A través de una carta escrita en la plataforma de Facebook, Dalia decidió escribir-denunciar contando su experiencia con su agresor. Narró a detalle el día que ella sufrió una agresión física, la denuncia, el juicio en la fiscalía y su proceso de sanación.

Su carta me motivó a levantar mi voz en la Universidad, para denunciar al profesor-violentador ante las autoridades y evidenciar otros casos similares en este espacio académico. Pensé en recibir alguna respuesta, pero solo obtuve silencio e incluso el requerimiento de “no agitar” más sobre lo acontecido, de no pronunciarme y quedarme callada. Todas las autoridades fueron cómplices de ese acto de violencia al ocultarlo y minimizarlo.

Sin respuesta desde la universidad, empecé a acompañar a Dalia en sus denuncias, a través de la participación en foros y debates sobre la violencia de género, desde la sanación en su círculo de mujeres amigas, y en cada una de las marchas del 8M y del 25N, lugar donde, de a poco, empecé a reconocirme en los rostros y cuerpos de mujeres valientes.

Si bien es cierto que, este episodio me acercó a los movimientos feministas, a participar en las movilizaciones y a indagar en las lecturas académicas sobre género y feminismos, hoy en día autoidentificarme como feminista me remite a mi niñez y adolescencia marcadas por violencias de género intrafamiliares y por mi cuerpo violentado y disciplinado desde una educación religiosa donde mis sentires fueron silenciados. Mi encuentro con los movimientos feministas son el resultado de despertares y de cuestionamientos constantes ante el sistema patriarcal.

Me construyo y reconstruyo como feminista desde las historias de vida de mis amigas violentadas, desde las marchas del 8M que acompañé a las mujeres activistas, desde los debates académicos, desde los rituales donde nos abrazamos para sanarnos.

En el mismo año 2016 fui despedida de la Universidad donde ocurrió este evento, sin explicación alguna. Ninguna de las autoridades, ni mi jefe inmediato (todos hombres) dieron la cara ante esta ilegalidad. Estoy convencida de que mi despido se debió, en parte, por la denuncia que realicé al profesor, pero también por reclamar mis derechos como trabajadora-académica. Ese año entré a estudiar el doctorado en México y, de acuerdo a la ley del Ministerio de Trabajo del Ecuador, la institución debía otorgarme un permiso remunerado durante cuatro años tal como se hizo con otros colegas (todos hombres, incluido el violentador). Exigí mis derechos laborales y su respuesta fue apartarme de la institución. No me quedé callada, demandé a la universidad y hasta el último momento peleé y evidencí el abuso de poder de ciertas autoridades (todos hombres).

Hace un año entré a trabajar en la Universidad Intercultural de las Nacionalidades y Pueblos Amawtay Wasi. Esta universidad es el resultado de la lucha de los pueblos y nacionalidades indígenas, afroecuatoriano y montubio como un espacio de descolonización del conocimiento eurocéntrico para construir un modelo pedagógico y educativo encaminado hacia el Sumak Kawsay (Buen Vivir), categoría creada en el marco de las luchas del movimiento indígena en tanto principio ético-filosófico de Otro Mundo Posible.

La Amawtay Wasi tiene como objetivo el reconocimiento a las sabidurías diversas, a las pluriépistemias para recrear el tejido social comunitario como estrategia de vida para toda la sociedad. En este caminar de un año, mi experiencia de los feminismos ha sido un aprendizaje continuo. Mi escucha está activa a las propuestas planteadas por las mujeres afroecuatorianas, quienes en cada charla me enseñan sus procesos de resistencia y re-existencia.

El colectivo de mujeres afroecuatorianas me enseña sobre el UBUNTU que, en términos generales, se trata de entender que venimos de un flujo de energía en el que todas/todos somos una/uno. UBUNTO es la unidad

y armonía entre los seres humanos, la naturaleza y todas las formas de creación.

Así, me reconstruyo como una mujer, académica, compañera, hija, hermana, amiga, docente, antropóloga, desde las sabidurías diversas, desde el espíritu de lo comunal. Aprendo sobre el feminismo decolonial e intercultural como formas de resistencia ante la opresión sexista, racista, patriarcal y colonialista desde las luchas de los diversos territorios y comunidades.



México

Xavie Gálvez García*

4 de noviembre del 2023

A lxs integrantes del proyecto

A la ex-tinta Colectiva Feminista de la No-Facultad de Ciencias Políticas y Sociales

Hoy, escribir “feminista” es escribarnos de nuevo en tinta violeta. En esa tinta que me regresa a una versión de nosotras que quedó grabada en la explanada frente al auditorio Flores Magón. Para mí, la palabra feminista trae al presente a Lucía, Marina, Sandra, Adri, Aura, Regina, Ximena, Gaby, Mariana, Dafne, Camila, Iriana, Valentina, Mariel, Dome, Marla, Liber, Fanny, Amalia... Y muchas más.

Abro Facebook y pongo en el buscador “Colectiva Feminista de la No-Facultad de Ciencias Políticas y Sociales”. Última publicación: 14 de septiembre de 2022. Fecha de nacimiento de la página: 16 de noviembre de 2016. Pienso en la pregunta que nos convoca, ¿cómo vivimos los movimientos feministas en los años recientes?, la pregunta me traslada a otra, ¿será que ese año cuenta como reciente?

Invierno del 2016 (la velocidad del tiempo me asusta). Mientras recibía las llaves del salón B-000 y pasaba a formar parte del Colectivo Conciencia y

* Universidad Nacional Autónoma de México.

Libertad, algo nuevo surgía en la facultad. Las estudiantes comenzaban a organizarse. Se reunían en círculo frente al auditorio Flores Magón a conversar y compartir comida. Quince, veinte y hasta treinta mujeres tomaban el espacio, sentadas en círculo. Un cambio se anunciaba. En las primeras semanas eran muchísimas. Entre ellas estaba mi amiga Lucía, quien me invitaba constantemente a las reuniones. El requisito para sentarse con ellas era ser mujer.

En ese entonces no acudí a las reuniones. Estaba concentrada en las actividades del Colectivo Conciencia y Libertad. Teníamos un círculo de estudios semanal sobre pedagogías críticas y libertarias y había que cuidar el salón, gestionar las redes sociales y asistir a eventos. La mayoría de quienes frecuentaban el salón B-000 eran hombres cis y varios rechazaban el separatismo desde el cual se nombraban las compañeras.

En noviembre de ese año, organizaron la primera “Semana Feminista” en la Facultad. Inundaron baños, paredes, salones y redes sociales con carteles que anunciaban las actividades: taller de autodefensa, charla sobre ginecología, tendedero de denuncias y conversatorios sobre amor romántico. Una palabra comenzó a repetirse: separatismo.

Un lunes la facultad amaneció con un mecate atado de esquina a esquina en la explanada frente al auditorio Flores Magón. Una hoja colgaba del mecate: “DENUNCIA AQUÍ”. En un día, el tendedero se llenó. Las compañeras hablaron y no hubo cómo desviar la mirada. Compañeros, amigos, maestros y trabajadores aparecieron en el tendedero denunciados por violación y abusos de todo tipo. Sorpresa, indignación, rabia.

Digna rabia.

Comencé a asistir a las actividades y a escuchar a las compañeras, intentando entender a qué se referían cuando se nombraban feministas. En el proceso, entré en conflicto con el espacio desde el cual me organizaba. Comencé a ver violencias, a nombrarlas. Entre más escuchaba, más

sentía y más veía y de pronto, quedé trastocada. Mi cuerpo cambió, no hubo vuelta atrás.

En 2016, con tambor y megáfono en mano, nacieron, *nacimos*, las encapuchadas.

“Nos sembraron miedo, nos crecieron alas” escribimos en los comunicados.

“Nunca más tendrán la comodidad de nuestro silencio” manifestamos.

Nunca más la tuvieron.

Después vinieron encuentros, bordados, acciones, incendios, amores, desamores, críticas y necesarias autocríticas. Nos sembramos un incendio y a ratos, su luz nos cegó la mirada. Eso lo dejo para otra carta.

A nuestra memoria.

Saltarse las trancas

Márgara Millán*

Me sorprendió el tendadero una mañana del año 2016; estudiantes y profesores eran denunciados en cartones y papeles que se colgaban en una cuerda frente al auditorio central de mi Facultad. ¿Quiénes eran las jóvenes que realizaban esa acción? ¿Serían algunas alumnas mías? Tuve la curiosidad y también, lo que después fui constatando, el desconocimiento de lo que vivían las alumnas, muchas de ellas en mis grupos, en materias como Crítica feminista a la modernidad, y Sociología del género. La distancia entre la docencia y la vivencia. El cuestionamiento de lo que hacemos en el aula. La necesidad de hacer/entablar comunicación intergeneracional.

Entré a la Universidad en los años 70s. Me tocó vivir una facultad con organización estudiantil cuando estudiaba, y con organización de profesores, cuando fui profesora. Después de movimientos importantes vino un reflujo que hasta el día de hoy atomiza y divide a los profesores como sector, y también a los sectores de trabajadores, profxs y estudiantes entre sí.

Nunca me he considerado “empoderada” ni “exitosa”. Son adjetivos que no me hacen sentido, con los cuáles discrepo profundamente porque los considero parte de la escala meritocrática de la sociedad y la universidad en que vivimos.

Di con el género analizando el cine; no creo poder definirme feminista como muchas de mis colegas y amigas; es decir, para mí la transformación

* Universidad Nacional Autónoma de México. Coordinadora del Grupo de Trabajo CLACSO Universidad y despatriarcalización.

social se emplazaba desde la crítica a la modernidad capitalista. Después llegó a mí la teoría crítica del cine desde un feminismo punzante: el género en las representaciones y narrativas cinemáticas. Eso se fue articulando a la crítica de la modernidad capitalista; ¡y después llegó el zapatismo! Y entonces se develaron varios nudos que para muchos feminismos permanecen naturalizados: la relación del estado nación con la representación de las mujeres y el mundo indígena; la interpelación del saber y estar de esas mujeres a las ideas emancipatorias del feminismo ilustrado; la responsabilidad que tenemos todxs en la creación y reproducción de nuestro mundo.

Así en la docencia me fui moviendo de la Crítica de la sociología moderna, a cursos como sociología del género, y en alguna de las reformas curriculares con otras aliadas presentamos la materia de Crítica feminista a la modernidad, que desde mi punto de vista sintetiza este recorrido epistémico que les acabo de contar. De cómo el feminismo, siendo producto de la modernidad, puede criticar a esa modernidad. De qué forma el sujeto liberal del feminismo podía craquelarse y ampliar su crítica hacia horizontes anticapitalistas y anticoloniales. De qué forma el antipatriarcalismo se vinculaba con el antirracismo y la conciencia crítica de clase.

Desde estos lugares, como profesora comprometida en ese horizonte crítico, me remeció el movimiento de las Mujeres Organizadas, como se denominaron ellas mismas, en mi Universidad.

Después vino el acercamiento entre colegas, y los lazos que fuimos tejiendo con la toma; se trató de un profundo ejercicio de escucha. No había credenciales ni pedestales en esa relación que fue creciendo, y que nos hizo a muchas de nosotras repensar(nos) en el aula. Así, terminamos el 2019 con acuerdos firmados entre las compañeras estudiantas y las autoridades, y se abrió un espacio –el de la “comisión uno”- que proyectó y prefiguró todo lo que se podría hacer si el centro fuese revertir las jerarquías y los papeles de género y de esa forma desmontar las violencias. Entre todo eso, estaba una materia que debería ser obligatoria y que se

fue trabajando en colectivo. Violencia contra las mujeres: genealogía, actualidad y resistencias ha sido un espacio único. Un laboratorio donde lo central es generar confianza, hablar en primera persona, narrar(nos), ¡como aquí! Fui aprendiendo que, al dar paso a la experiencia vivida, todo el contenido teórico del curso se hilvanaba con las estructuras y los sistemas que queremos nombrar para desmontar.

La primera “época” del curso se realizó durante la pandemia. Aprendimos a usar las tecnologías a distancia, paradójicamente, para crear cercanías y acompañamientos. Los cursos se llenaban, y los pocos varones que ingresaban eran muy cuidadosos y sensibles. En esa primera etapa la materia fue optativa, y entonces teníamos grupos no sólo interdisciplinarios (en mi Facultad se estudia Ciencia Política, Administración Pública, Relaciones Internacionales, Antropología y Sociología) sino también de distintas generaciones. Fue además un momento simultáneo, al menos al inicio, con la Facultad aún tomada. En la pandemia, las mujeres organizadas resistieron por un par de meses en la toma.

Después, regresamos al espacio físico. Muchos de nuestros alumnos habían concluido su ciclo anterior en línea; entraban a la Universidad y la mayoría se desorientaba. La ansiedad seguía, el hábito lector no se instalaba, el temor a volver al encierro al mismo tiempo que a contagiarse. Un desastre. Poco a poco fuimos recuperando la confianza, y esa materia se ha sostenido con una inusual práctica colegiada entre varias de las maestras, con actividades conjuntas, con evaluaciones colectivas, con ánimo y emoción.

Quiero finalizar con algo que llegó en ese otoño del 2019 y que no han podido borrar:

Murales y pintas en los pasillos de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM



Fotografías de Ana Sabina Castro Sam.

Esperanza Basurto Alcalde*

Ciudad de México, invierno, 2023/24

Hoy escribo tratando de hacer memoria de cómo me encontraron las tomas feministas de las estudiantes de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Me abrazaron siendo docente de asignatura, lo que en otras latitudes se llama interina, de la materia de género en la carrera de Relaciones Internacionales. En otras palabras, me encontraron siendo una profa joven feminista, que con un año en ese rol trataba de entender cómo habitar la Facultad a la que llegué como estudiante años antes. Aún trataba de entender, porque nadie te explica, quiénes eran mis compañeras, cómo son los procesos administrativos, dónde están las salas de profesorxs, la biblioteca, los espacios más comunitarios. Mi llegada había sido con otra asignatura: *Patriarcado, Capitalismo y Colonialidad*, un programa elaborado por mí misma para ser una optativa, crítica y temporal, como se anticipaba que iba a ser mi rol como maestra.

Estaba dando clase en noviembre de 2019 cuando los pasillos, más allá de la puerta del aula, empezaron a hacerse eco de consignas feministas: *¡Ni una más, ni una más, ni una asesinada más!* Las percusiones y las risas se mezclaban con ellas. Nos asomamos a la puerta y la mirada de estudiantas conocidas se cruza con la mía. Sonrisas. Las estudiantas que permanecían en el salón quieren salir, compartir pasillo con las manifestantes, quienes suben por una escalera, recorren el piso y bajan por la otra. Van a otro edificio, se alejan y las que quedamos en el salón nos

* Universidad Nacional Autónoma de México- Universidad Complutense de Madrid. Integrante del Grupo de Trabajo CLACSO Universidades y despatriarcalización.

miramos con cara de ¿qué acaba de ocurrir? Decidimos salir del aula y continuar reunidas en la plaza que conecta varios de los edificios, la llamada “explanada alta”. Conversamos un rato, nos despedimos... para encontrarnos minutos después afuera del edificio G, el de dirección, que en esos momentos estaba siendo tomado por las manifestantes.

Una sucesión de eventos colectivos ocurrió: reuniones de estudiantas y profas, firma de acuerdos con la dirección, otra toma, trabajo en comisiones, talleres, asambleas. Estábamos convocadas a accionar y nuestra respuesta fue anunciar que *acá estamos*, tal y como nos nombramos las profas en un inicio. ¿Qué implicaba estar? Queríamos acompañar a las estudiantas y eso implicaba una escucha activa a sus demandas, que resonaban en los comunicados que rápidamente redactábamos. Requería presencia en los encuentros de trabajo de la *Comisión 1*, aquella que asumió el encargo de redactar el programa de estudio de la materia de género comprometida en los acuerdos. Implicaba organización para llevar víveres, pues las estudiantas sostenían la toma de la Facultad. Fue también el momento de nombrar los feminismos en asamblea, de aceptar tensiones, de articularse.

Si hoy vuelvo la vista atrás, encuentro algo familiar en esos tiempos. Las asambleas, la escritura rápida de comunicados, la rabia colectiva ante una injusticia, el ímpetu por sacar la voz, el tiempo de las miradas y las largas horas de conversaciones. Resonaban en mí organizaciones estudiantiles previas: la Comunidad Estudiantil del Instituto Mora, el 15M en la Universidad Complutense. La efervescencia en mi vida del feminismo y sus (des)encuentros. Estoy segura de que muchas sentíamos una complicidad inmediata al ver a una mujer encapuchada junto a nosotras. Ahí estaba *la lucecita que nos dieron* en el primer Encuentro Internacional: Político, Artístico, Deportivo y Cultural de Mujeres que Luchan.

De nuevo en 2020, un logro colectivo fue acordar el programa de la materia llamada *Violencias contra las mujeres: genealogía, actualidad y resistencias*. Se nombró así porque las estudiantas quisieron. Estaban, si

mal no recuerdo, cuestionando qué tanto nombrar el feminismo, especialmente desde un abordaje teórico, cuando la urgencia era hablar de las violencias. Y así quedó. Después de asiduas reuniones, incluso varias por semana, cumplimos con los plazos que nos propusimos: queríamos que fuera una materia obligatoria, a cursar por todo el estudiantado el siguiente semestre. Trabajamos en ello cuando llegó la pandemia de Covid-19, por lo que cambiamos las sillas de madera y el pizarrón por sillas de casa y computadoras. Nosotras, las profas, pues las estudiantas continuaron la toma hasta el 31 de abril de 2020. Eran días de total incertidumbre social y urgía romper los pactos patriarcales en la Universidad.

En días pandémicos esos pactos se mantuvieron ante nuestros ojos. Nos llamaban a clases en línea como si no pasara nada, como si las estudiantas no siguieran dentro de las instalaciones universitarias. Otra marea de comunicados. Caída del sistema en Servicios Escolares (el video con el que anunciaron ese corte, bailando encapuchadas, nos acompañará en la memoria). Fue creciendo nuestra preocupación ¿cómo cuidar la salud de las compañeras sin perder la lucha? ¿ayudaría que hubiera observación de sus derechos humanos? ¿qué querían ellas? La represión esos días era grande: corte de suministros, intrusiones en las instalaciones, alarmas nocturnas.

Nos atrincheramos en la materia. Cuidarla es, así lo vivo aún, el compromiso con las compañeras, con las mujeres organizadas, con el trabajo colectivo, con la comunidad, con una vida libre de violencias. Para ello necesitamos emplear formatos, la revisión de las compañeras expertas, hacer ajustes, dar seguimiento a trámites y realizar cursos de actualización docente. Saltar bloqueos administrativos, sortear la represión. Más tiempo juntas, mayor confianza, afectos, amistades. ¡Y unas clases inolvidables! Podríamos hablar días de todo lo que ha implicado construir cada sesión de la materia. Hemos hecho un gran trabajo por subvertir métodos pedagógicos y por compartirlos entre nosotras. Hemos (des) aprendido mucho.

Vivir la potencia de los vínculos tejidos estos años ha sido vital para ser hoy parte del Grupo de Trabajo Universidades y Despatriarcalización, de CLACSO. A las amigas, docentes y estudiantes con las que hemos compartido este caminar: gracias.

Carta para las que necesiten volver sobre sus pasos¹

Amada Aurora Vollbert Romero*

El texto que estás leyendo siempre estuvo pensado para leerse en voz alta, más no para publicarse. Ahora que se presenta la oportunidad de que la memoria oral se convierta en memoria escrita he dudado de si debía publicarlo. Quizás, pensé, su potencia radica en la mutabilidad que le permite la palabra oral para ser el mismo relato y también uno siempre diferente, cuando he tenido la oportunidad de leerlo a otros. Podrás adivinar que he decidido tomar el riesgo esperando que esta palabra, que no considero solo mía, permanezca y se multiplique a través de las que encuentren resonancias en ella de sus propios caminares. Pero si no es así, deseo que se escriban muchas otras cartas que hablen de sus propias memorias e historias, esas que escribimos pa' no olvidar(nos).

Parte 1. Algo está cambiando

Es 2016, tú eres una estudiante de segundo semestre de la carrera de Sociología. Hay palabras nuevas y extrañas, las lecturas son pesadas y nunca habías tenido que leer tanto en tu vida. Más allá de todas las cosas que estás aprendiendo lo que más te gusta es tener un lugar donde puedes

- * Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca, México. Estudiante de Maestría en Sociología, del Instituto de Investigaciones Sociológicas. Integrante del Grupo de Trabajo CLACSO Universidades y despatriarcalización.
- ¹ Esta es una versión corta del texto que escribí para la presentación del cuaderno de trabajo *La participación femenina en la sociología clásica (2021)* que se llevó a cabo en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM en marzo de 2022.

hablar de todas las cosas que odias sobre el mundo y además hay personas que lo consideran valioso, ¡qué maravilla! Mónica Mayer está exponiendo en el MUAC, dicen que es una artista feminista y aunque no tienes idea de lo que eso signifique quieres ir a la exposición. Esa será la primera vez en toda tu vida que verás un tendedero de denuncias, en un museo.

Y de pronto te das cuenta, algo está cambiando, no sólo la palabra feminismo comienza a estar en muchos de tus espacios, sino que también junto con ella hay otra palabra, una que es más oscura y no habías escuchado antes: feminicidio. El gobierno dice que ellos comenzaron a hablar del tema, pero tú sabes que no es así, los movimientos políticos no saben de cambios de sexenio y desde los noventas, Marcela Lagarde insistía en la importancia de ese concepto porque estaban asesinando a muchas mujeres en la frontera norte.

Es el mes de abril y las redes sociales se inundan del hashtag #miprimera, estamos comenzando a hablar sobre las violencias que hemos experimentado. Estás impresionada de leer que todas tus amigas la pasaron igual. Comienzan a haber protestas en la UNAM, se reclaman las condiciones mínimas para poder acudir a la universidad sin ser agredidas. A finales de ese año y como resultado de todo el movimiento que se está dando en la vida de las universitarias, se creará la Colectiva Feminista de la NO-FCPyS la cual funcionará por varios años como un espacio de denuncia y articulación entre mujeres.

Parte 2. Tuvimos que quemar

Es 2017, los tendederos y los escraches se han vuelto el método de autodefensa por excelencia del feminismo universitario, la vez que viste el tendedero en el MUAC ahora parece tan lejano. Muchas de tus compañeras han denunciado, muchas amistades han terminado, incluso en tu círculo más cercano de amigas ha habido una controversia por una

denuncia que tú misma ayudaste a hacer. No sabes qué pensar, ha sido un proceso turbulento. Te preguntas si es verdad lo que dicen de que estos métodos son punitivos.

Ese año se propone por primera vez hacer un paro internacional de mujeres y aunque aún no sabes cuál es tu lugar en el feminismo, sí sabes que te gusta mucho la crítica anticapitalista y estás en un grupo con otros compañeros donde leen a Marx. También sabes que te gustaría leer a autoras mujeres, ya que hasta ahora sólo has leído a un par de ellas. Ese mismo año comienzas a entregar tus trabajos de la facultad usando lenguaje de género neutro, todos los profesores te lo señalan como falta ortográfica excepto una maestra que te dice que usar lenguaje de género neutro en un ensayo académico le parece audaz, y te felicita por ello. Ahora lo sabes, también encontrarás aliadas.

Es 3 de mayo del 2017, despiertas y te acuerdas de toda la tarea pendiente que tienes para hoy, entras a redes sociales y lo primero que encuentras es la noticia de que el cuerpo de una mujer fue encontrado sin vida en las inmediaciones de tu universidad, su nombre es Lesvy Berlín Osorio, dicen que todo apunta a que fue un suicidio, pero ninguna en tu facultad se compra ese cuento, todas estamos furiosas. Tendremos que quemarlo todo. Ese mismo año mucho del impulso del feminismo universitario se reducirá debido al temblor ocurrido el 19 de septiembre en el que personas perdieron su hogar.

Parte 3. Las de la intuición

En 2018 algunas compañeras y tú comenzarán un círculo de lectura feminista, estás contenta de saber que es un interés que compartes con otras. De vez en cuando te encuentras en los pasillos a tu profesora aliada, te platica que está empezando a leer a mujeres teóricas, le dices que tú también. Todas comenzamos a intuir que seguro existían mujeres sociólogas que podríamos leer, la pregunta era ¿Por qué no las conocíamos? ¿Habría

alguna amiga de Durkheim por ahí, quizás una compañera de Max Weber o alguna militante marxista?

En marzo de ese año será el primer paro feminista de la facultad, éste comenzó en Filos y fue seguido por Polakas. El paro era en protesta por todos los casos de violencia de género denunciados al interior de la universidad que seguían sin ningún tipo de respuesta. Para el mes de agosto el movimiento de la marea verde llegará a uno de sus puntos más álgidos en México buscando la despenalización del aborto en todo el país, ya que para ese entonces sólo estaba permitido abortar de manera legal en la capital.

A la vez que los objetivos a alcanzar se hacían más claros para el feminismo, también se hacían más evidentes las diferencias que había entre las mujeres al interior del movimiento. Era algo que todas sabíamos, pero era difícil de hablar. No éramos iguales las mujeres de las clases populares, a las mujeres de las clases explotadoras, y tampoco eran iguales las mujeres racializadas a las mujeres blancas, o las mujeres indígenas a las mujeres de la ciudad. Todo ello se hizo evidente cuando opiniones clasistas y racistas comenzaron a hacerse notar en diversos espacios feministas.

Parte 4. Antes que históricas, históricas

Comienza el 2019 y tu profa aliada te invita a comenzar un nuevo caminar: hacer un proyecto de investigación para conocer a las sociólogas del periodo clásico y de ser posible incluirlas en la currícula teórica de la carrera. Tienes muchísimas dudas, nervios y emoción, pero aun así te embarcas, junto a Katya Vázquez, Itzuri Moreno, Mariana Crisóstomo y Selene Aldana, en un viaje que no sabíamos cómo resultaría pero que estábamos dispuestas a realizar. Al mismo tiempo que trabajas en el proyecto comienzas a sentir que los grupos de marxismo en los que participas se vuelven cada vez más masculinizados, o quizás siempre lo fueron, pero ahora tienes las herramientas para criticarlo.

Llegará el mes de marzo y la crítica que venía gestándose sobre la urgencia de descentralizar al movimiento feminista de la CDMX terminará por explotar en la marcha del #8M. Las marchas de Ecatepec y Neza serán de las más significativas y varias compañeras iremos a acuerpar las manifestaciones de estas geografías. Será una de las marchas feministas más grandes que has visto en el centro de la CDMX, la prensa se volcará sobre las “revoltosas feministas” atreviéndose a defender monumentos, como el ángel de la independencia, por encima de la vida de las manifestantes. El colectivo “Restauradoras con Glitter” defenderá las pintas y hablará de porqué es importante que el ángel de la independencia haya sido intervenido y el peso histórico y simbólico que esto implica. El feminismo lo ha invadido todo, estamos reescribiendo nuestra historia sobre sus monumentos.

En el mes de noviembre, el colectivo chileno *Las Tesis* pondrán a toda Latinoamérica a performar su pieza *Un violador en tu camino*. El feminismo ya no sólo tiene el escrache y los tendedores como armas de lucha, sino también el performance, el arte, la historia, las ciencias sociales, los sonideros, las cumbias, los paros, las marchas, los encuentros, la amistad, la cuerpa como territorio, el amor entre nosotras, el cine, los cuidados, las escritoras, las periodistas, las abuelas, las madres buscadoras, las que no se nombran feministas, las que lo son pero no lo saben, las trabajadoras sexuales, las muxes, las gardenias, todas.

Selene Aldana Santana*

A quien quiera leer,

Soy Selene, nieta de Zerafina e hija de Guadalupe. Por amor, hace como 75 años Zerafina migró desde una pequeña comunidad en el norte de México hasta la capital. Y con eso, cambió el curso de la historia de todas nosotras. Guadalupe nació en la Ciudad de México y eventualmente dejó de acompañar a su mamá al pueblo. Fue la primera mujer; para ser más precisa, la primera persona, hombre o mujer, en asistir a la universidad en su familia. Estudió Derecho en la Universidad Nacional Autónoma de México durante la década de 1970. Los libros de historia nos cuentan que fueron esos los años del neo-feminismo en México, que fue acuerpado en gran medida por mujeres universitarias. Guadalupe era una mujer universitaria, pero de clase popular. Recuerda de sus años de estudiante “ir del trabajo a la escuela y de la escuela a la casa”. Supongo que no le quedaba mucho tiempo ni energía para disfrutar de las hermosas instalaciones universitarias ni de los círculos de mujeres que muy probablemente se hacían en los salones de su universidad. El feminismo no fue parte de la vida de las mujeres de mi familia. Para mí tampoco lo fue por mucho tiempo. Estudié en una escuela católica para niñas donde las religiosas que dirigían la escuela se aseguraron de que sintiéramos mucho asco y vergüenza de nuestros cuerpos y nuestros deseos. Recuerdo que cuando estaba en la prepa la administración de la escuela llevó adelante una campaña para juntar firmas entre los padres de familia manifestándose

* Universidad Nacional Autónoma de México - Centro de Estudios Sociológicos, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales.

en contra de la despenalización del aborto. Así que no, el feminismo no fue parte de mi vida en el transcurso de mi crecimiento. Recuerdo que durante mis estudios de Sociología en los primeros años del siglo XXI veía con cierta desconfianza ese único curso optativo de Sociología de género al que casi nadie se inscribía.

El feminismo llegó a mi vida hasta que yo ya era maestra de la misma facultad donde había estudiado. Y más que llegar a mi vida, me atropelló, porque llegó en la forma de la reacción de mis estudiantas frente a una enorme violencia contra ellas que se expresaba, entre otras formas, en acoso sexual de profes y de compañeros. En efecto, en la UNAM el feminismo nos atropelló, porque llegó junto con un feminicidio. En mayo de 2017 Lesvy Berlín Osorio fue asesinada por su pareja dentro de las instalaciones de la universidad. Y la universidad respondió con mentiras inventando la historia de un suicidio. El feminismo, sus luchas y sus ideas, parecían más sensatos y necesarios que nunca. En los años siguientes, nuestras vidas se fueron llenando de pañuelos morados y verdes, de bordados con mensajes de rebeldía, de colectivas formadas por amigas que se nombraban “morras”, de encuentros de mujeres zapatistas, de Rita Segato y Angela Davis, de tendedores de denuncias, escraches y cacerolazos. Igual que mis estudiantes, también fui abrazada por el tsunami feminista.

Fueron años de un vigor del pensamiento y la praxis feministas que se tradujeron en protestas en forma de tomas de instalaciones universitarias. Esas movilizaciones fueron generando cambios en la institución porque la presionaron para aceptar cambios en la legislación universitaria, para la generación de nuevas instancias y políticas en materia de género, para atender las denuncias por violencia de género, así como el establecimiento de asignaturas que aborden esa violencia. El movimiento feminista que cundió entre las estudiantes nos obligó a activarnos a las profesoras. Nos empujó a encontrarnos, a juntarnos, a organizarnos. Y lo hicimos con ellas. En mi facultad, maestras y estudiantas encontramos la manera de hacer comunidad durante unos buenos meses para crear una

materia sobre violencia de género. En el camino hice afectos y amistades políticas que acompañarán por siempre mi corazón.

Además de esa materia, acompañada de buenas amigas, desde 2019 empezamos un proyecto de investigación sobre las sociólogas clásicas. Hemos hecho seminarios, círculos de lectura, cursos, cuadernos de trabajo, una revista, un fanzine, un poema, un cuento, un manifiesto y muchas comparticiones y juntanzas en distintos lugares. Todo eso le dio un nuevo color y sentido a mi vida, fue la fuerza que me permitió resistir durante el largo periodo del encierro por covid.

En los últimos años he aprendido mucho, y hasta he llegado a entender muchas de las contradicciones que atraviesan al propio feminismo y a las feministas. Mis opiniones ahora son mucho más complejas que las de los primeros años en que me sentí deslumbrada por el feminismo, de lo cual no reniego, sino que recuerdo con una sonrisa reconociendo que, en su momento, me hizo mucho bien. De algunos de los debates actuales más candentes entre los feminismos, aún no tengo una posición clara de la que esté convencida. A veces ya ni estoy tan segura de sentirme orgullosa portadora de la etiqueta “feminista”. Por una experiencia azarosa de la vida, recientemente he conocido el feminismo hegemónico institucional, ese glamouroso despolitizado que hasta es financiado por la mismísima ONU, y sentí por él un profundo desprecio. Ese feminismo no lo quiero. En mi universidad, veo cómo los logros de una generación parecen irse desvaneciendo en la siguiente a través de la simulación institucional. Ese falso feminismo tampoco lo quiero. Cosas así me indignan, me confrontan y me hacen dudar sobre cuál es el camino. Pero también recientemente he encontrado compañeras que hablan de los feminismos desde abajo, y eso ha vuelto a emocionar mi corazón. Me gusta la idea de que el feminismo es la lucha contra todas las formas de opresión. Me gusta pensar que el feminismo tiene que ver con recordar la historia de nuestras abuelas para reconocernos en ellas y que den luz a nuestros propios caminos. Me gusta pensar que el feminismo es aquella praxis que pone en el centro la vida y no el capital. A eso me aferro.



Epílogo

Julieta Evangelina Cano*

Milena Paola Almeida Mariño**

Zaida Almeida Gordón***

En este ejercicio polifónico de narrarnos, escucharnos y aprendernos en primera persona, han quedado resonando en nosotras algunas ideas que emergen con fuerza. Nuestras vidas, nuestras relaciones con la academia, con el mundo han estado trazadas por cánones históricos, replicados a lo largo de la vida universitaria. Este texto expresado desde varios corazones, busca las formas de empezar a disolver dichos patrones culturales, así lo epistolar ha sido nuestro camino elegido, un tránsito al margen de una academia masculinizada.

El ejercicio “epistolar” se enfocó en forjar una conexión colectiva, estableciendo una práctica colaborativa para compartir experiencias desde las diversas trayectorias en el proceso de enseñanza-aprendizaje universitario. Puede ser interpretado como una “narrativa epistolar colectiva” o “epistolario colectivo”. La dinámica involucró la redacción de cartas seguida por su lectura en voz alta, fomentando el intercambio oral de historias y vivencias desde una perspectiva feminista. Siguiendo la perspectiva de Julia Kristeva (1981), el acto de escribir se erige como una experiencia profundamente subjetiva. En este sentido, la práctica de

* Universidad Nacional de La Plata; Instituto Universitario de la Policía Federal Argentina. Integrante del Grupo de Trabajo CLACSO Universidades y despatriarcalización.

** Universidad Central del Ecuador. Integrante del Grupo de Trabajo CLACSO Universidades y despatriarcalización.

*** Universidad Central del Ecuador. Integrante del Grupo de Trabajo CLACSO Universidades y despatriarcalización.

escribir en femenino emerge como una oportunidad para la construcción de un espacio semántico propio, no solo para las mujeres, sino también para los cuerpos feminizados en general. Este proceso va más allá de las restricciones impuestas por las estructuras patriarcales, como destaca Marguerite Duras (1994) al afirmar que “no se puede escribir sin la fuerza del cuerpo”.

Este ejercicio es también autoetnográfico. Surgió de la transición de la escritura académica a una escritura más libre, y descansa en la narración oral. Implica lo que hoy denominamos *poner el cuerpo; tocar el corazón; dejarse ver*. En cada relato, identificamos reflejos, especialmente en el ámbito de la lucha política, que se gestan en el entorno académico y permean la vida cotidiana. En lugar de ser una sola voz narrativa, este enfoque representa una colaboración donde diversas voces contribuyen con perspectivas individuales, dando lugar a un tapiz enriquecedor y diverso de experiencias compartidas.

La narrativa nos ha proporcionado la oportunidad de explorar una gramática renovada; la escritura se convierte en nuestro respaldo, un acto de solidaridad y juntanza. Nos congregamos desde la ternura radical y la solidaridad, uniendo fuerzas en una acción colectiva de apoyo mutuo al compartir nuestras experiencias. La narrativa epistolar colectiva se erige como una plataforma donde convergen y entrelazan diversas voces, dando forma a un entramado conjunto de experiencias, reflexiones y conocimientos compartidos.

Este tipo de ejercicio no solo documenta las experiencias individuales, sino que también crea un espacio de encuentro, diálogo y comprensión compartida. En esencia, es una forma de construir conocimiento y solidaridad a través de la palabra escrita, tejiendo una narrativa colectiva que refleja las complejidades y diversidades de las trayectorias académicas y de vida.

En ese sentido, encontramos dos denominadores comunes respecto de las experiencias y vivencias (Han, 2022) compartidas. El primero es la violencia, en sus distintas manifestaciones; y el segundo es la posibilidad de recuperar o amplificar las voces a partir de los encuentros con otras voces, con movimientos feministas y feminismos.

Violencias en plural

En las cartas de les estudiantes, docentes e investigadores/as que compartieron sus historias, se observan experiencias y vivencias atravesadas por la violencia académica, entendida como aquella que sucede al interior del espacio universitario. La universidad reconoció tardíamente las distintas violencias que se producen en su propio territorio entre docentes, alumnos/as y trabajadores/as de la educación. Tradicionalmente, la Universidad partió de la base de que las personas sí sufrían situaciones de violencias, pero que éstas se producían por fuera del espacio universitario, aunque influyen en éste indefectiblemente. Sin embargo, de un tiempo a esta parte, y gracias a las denuncias y demandas de los colectivos de mujeres, feministas y LGTBIQ+, la Universidad asume las violencias *autóctonas* que se suceden en su propio territorio, y comienza a ensayar ciertas respuestas ante las mismas; como, por ejemplo, los protocolos de actuación ante las situaciones de violencia y discriminación por razones de género que existen en distintas universidades argentinas colombianas y ecuatorianas (RUGE/CIN, 2020).

Respecto de las distintas violencias que atraviesan las experiencias de les estudiantes, docentes e investigadores/as, observamos que en el territorio universitario no sólo es habitual recuperar historias de acoso sexual y acoso por razón de sexo y/o violencia laboral padecida desde superiores jerárquicos, como también desde pares; sino también se encuentra presente la violencia epistémica, aquella que promueve y naturaliza que las mujeres no seamos reconocidas como productoras de conocimiento, que seamos menos leídas, menos citadas en la bibliografía de los programas,

lo que redundaba en una legitimación de la idea que el conocimiento científico tiene nombre y apellido de varón: “¿Dónde están los textos escritos por nosotras, por las mujeres?, ¿Por qué leemos solo hombres?, ¿Por qué muchos de los profesores no nos consideran cuando queremos opinar?, ¿Por qué algunas carreras tienen muchos más profesores que profesoras? Eran muchas las preguntas que surgían y que nos obligaban a re pensar el espacio universitario” (Paula).

El acoso sexual produce que las mujeres tengamos que pensar en qué ropa ponernos antes de salir de casa, para evitar miradas libidinosas y comentarios con intenciones ridiculizantes. Naturalizar este malestar es una estrategia de un sistema patriarcal que construye a las mujeres en cuerpos-para-otros (Basaglia, citada por Lagarde, 2015). Además, tal como cuenta una estudiante en su autoetnografía, esta situación tiene un impacto directo en las decisiones que tomamos, en lo que hacemos y en lo que decidimos no hacer: “el miedo que vengo acarreando desde que llegué a esta ciudad de no ser aprobada por la mirada masculina me obligó a guardar silencio ante estas violencias atravesadas por las relaciones patriarcales que permean aun en los espacios universitario” (Samira).

El acoso por razón de género o por la orientación del deseo sexual, es también una constante en muchas de las cartas leídas, acompañado a veces por la estigmatización que viene de la mano de cuestionar el *statu quo* patriarcal que nos oprime. En la narración de este tipo de experiencias afloran distintos sentimientos como la ira, la impotencia, la bronca y el miedo, que recorren las experiencias y vivencias de quienes lo padecieron.

Acuerpamientos y otros sentires

Las cartas como expresiones y apuestas de les compañeres a manifestar la denominada “digna rabia”, han contribuido a un proceso académico de interiorización y exteriorización de nuestros encuentros con

los feminismos. Cuando hablamos de digna rabia, la entendemos como ese cúmulo de sentires que pasan desde el dolor, la indignación, las pesadillas, pero también las esperanzas y los sueños comunes frente a la violencia patriarcal, manifestada e institucionalizada en la Universidad, según Navarro y Uribe “la digna rabia es la posibilidad de manifestarse visceralmente y demandar alternativas contra la injusticia derivada del incumplimiento de sus deberes” (2020, p. 85). Es decir, como se planteó al inicio del texto, estamos vivenciando una cuarta ola feminista, cargada de una dimensión emotiva, en la que las subjetividades y la política se articulan desde el corazonar colectivo. Entendiendo a la emoción conjunta por revalorizar los sentires, las intuiciones, la felicidad y el goce, como saberes fragmentados y desdibujados por la estructura patriarcal, pero que en la actualidad son elementos constitutivos de las praxis feministas.

Del individualismo a la juntanza

Observamos que, el mismo territorio que es fuente y amplificador de las violencias sistematizadas, es también espacio de resistencia y de encuentro, de construcción de demandas y de interpelación de la estructura patriarcal que funda las instituciones universitarias. En las cartas aparece reiteradamente cómo la Universidad fue el lugar de transformaciones profundas a partir del encuentro con las otras y les otras que padecen las injusticias de un sistema que no quiere reconocer los privilegios de sus privilegiados. Pero la potencia de los feminismos en la Universidad no se reduce a generar un espacio de encuentro, sino que tiene vocación de transformación del espacio que habitamos. En ese sentido, no se trata sólo de cómo hemos cambiado la forma de ver y de estar en este mundo, sino que los feminismos apuestan a que la Universidad cambie, tal como se desprende de los siguientes fragmentos:

“Estas experiencias despertaron una conciencia colectiva y una determinación para desafiar las estructuras de poder que perpetúan la violencia” (Steven).

“Las reuniones en círculos y los debates apasionados se convirtieron en la esencia de mi experiencia universitaria. Me encontré inmersa en un ambiente donde las ideas florecían como flores en primavera, cada una única, pero contribuyendo a un jardín de diversidad y cambio. Las compañeras que el destino colocó en mi camino en esos espacios de lucha se convirtieron en algo más que amigas; se transformaron en aliadas de vida” (Wendy).

Como plantean Navarro y Uribe (2020), la *juntanza* tiene que ver con la necesidad de no atomizarnos, es la acción por parte de las colectivas feministas de acompañarse orgánicamente. En consecuencia, se plantea que “a partir de la construcción de redes de relacionamiento, se generan espacios de confianza, apoyo incondicional, cooperación, cuidado, sanación, y comprensión de la experiencia humana.” (Navarro & Uribe, 2020, p. 79). Esto se observa en casi todas las cartas, la necesidad de acuerparnos unas a otras, ser en colectivo, aprender desde un cuerpo común. Por otra parte, es una acción de sobrevivencia y resistencia, dentro del ámbito no sólo patriarcal sino también neoliberal, que se finca en la culpa y el aislamiento de los seres humanos. La resistencia de la juntanza hace florecer acciones, reflexiones y prácticas de lo político en el ámbito institucional universitario.

Para finalizar: un tejido de trayectorias personales, académicas y políticas

Partimos del reconocimiento de nuestro lugar situado (Harding, 2012) que sentipienza desde América Latina, compartimos nuestras voces desde la experiencia cotidiana como una apuesta reflexiva que nos permite reflexionar colectivamente acerca de los espacios-tiempos en nuestras universidades atravesados por las fuerzas del patriarcado, el colonialismo y las lógicas neoliberales. Por lo tanto, las universidades son escenarios de múltiples violencias patriarcales sobre las mujeres y LGTBI+, pero también son el espacio de encuentro para denunciar dichas prácticas y desterrarlas de la cotidianidad de estudiantes, docentes e investigadores

que trabajamos día a día por la construcción de una Universidad genuinamente igualitaria.

En ese sentido, se destaca a las cartas como acciones despatriarcalizadas, que relatan lo íntimo, interpelan nuestras propias prácticas académicas e invitan a la movilización de emociones, que decanta en la toma de una conciencia social y nuevos agenciamientos políticos. Cuando planteamos la acción de despatriarcalizar retomamos la propuesta de María Galindo cuando dice que el patriarcado:

Es una nueva palabra para describir y ubicar una nueva matriz de la lucha feminista en cualquier parte del mundo, para designar ese lugar de las mujeres que no pretendemos, con el feminismo, construir un templo donde proclamarnos en cuanto mujeres diosas del universo y aisladas de la historia. No nos interesa escarbar una diferencia mística en el solipsismo del sujeto (Galindo, 2014, p. 175).

Precisamente en esta nueva matriz de lucha feminista, se ubica la valoración de los afectos también como un recurso epistémico, que nos permite salir de los mitos positivistas de la academia hacia el ejercicio de aprender en comunidad. Y la buena nueva es que todo esto llegó para quedarse. Sin duda, a pesar de los reflujos, las simulaciones y los momentos de silencio, en el ámbito universitario, las fuerzas despatriarcalizantes ya están en marcha.

BIBLIOGRAFÍA

Durás, Marguerite, 1994. *Escribir*. Barcelona: Tusquets Editores.

Galindo Neder, María. 2013. *¡A despatriarcar!* Editorial LAVACA- Bolivia.

Giddens, Anthony. 2011. *La constitución de la sociedad: bases para la teoría de la estructuración*. 2da. Ed. Buenos Aires: Amorrortu.

Han, Byung-Chul. 2022. *La sociedad del cansancio*. 3era. Ed. Buenos Aires: Herder.

Harding, Sandra. 2012. "¿Una filosofía de la ciencia socialmente relevante? Argumentos en torno a la controversia sobre el punto de vista feminista" En, *Investigación feminista: epistemología, metodología y representaciones sociales*, coordinado por Blazquez Norma, Flores Fátima, Ríos Maribel. México: Universidad Nacional Autónoma de México. pp. 39-68

Controversies, Routledge, 2004, pp. 127-140.

Lagarde y De Los Ríos, Marcela. 2015. *Los cautiverios de las mujeres. Madresposas, monjas, putas, presas y locas*. 2º Ed. México D.F.: Siglo XXI Editores.

Kristeva, Julia 1981. El Sujeto en Cuestión: el Lenguaje Poético en Levi-Strauss, C. et al. La identidad (pp. 249 – 287). Barcelona: Petrel

Navarro Trujillo, Laura & Uribe Lineros, Juan. 2020. Juntanza y digna rabia : sistematización de experiencias de las colectivas feministas en la PUJ. <http://hdl.handle.net/10554/52726>

RUGE/CIN Red Universitaria por la igualdad de género y contra las violencias. 2020. Informe final: Diagnóstico sobre la implementación de políticas de género en el sistema universitario argentino. Disponible en: <http://bibliotecadigital.cin.edu.ar/handle/123456789/2785> (recuperado el 23/01/2024).





Boletín del Grupo de Trabajo
Universidades y despatriarcalización

Número 1 · Abril 2024